

de

Lou Carrigan

¡NO DISPARES, PRECIOSA!



Lectulandia

Desastrado y barbudo, desarmado. Jinete sobre polvoriento y cansino caballo.

Chas Chandler.

Una larga huida.

¿Un desesperado?

Si se lo hubiesen preguntado, Chas hubiese limitado su respuesta a un indiferente encogimiento de hombros. Era partidario de que cada cual sacase siempre sus propias conclusiones.

Desastrado, desarmado, hambriento, huido, sin un solo centavo en los bolsillos, Chas Chandler sonreía feliz al entrar en Wichita.

Lectulandia

Lou Carrigan

¡No dispares, preciosa!

Bolsilibros: Leyendas del Oeste - 34

ePub r1.0

xico_weno 29.11.17

Título original: *¡No dispaes, preciosa!*

Lou Carrigan, 2002

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPITULO PRIMERO

UN HOMBRE LLEGA A WICHITA

Desastrado y barbudo, desarmado. Jinete sobre polvoriento y cansino caballo.

Chas Chandler...

Una larga huida.

¿Un desesperado?

Si se lo hubiesen preguntado, Chas hubiese limitado su respuesta a un indiferente encogimiento de hombros. Era partidario de que cada cual sacase siempre sus propias conclusiones.

Desastrado, desarmado, hambriento, huido, sin un solo centavo en los bolsillos, Chas Chandler sonreía feliz al entrar en Wichita.

Su sonrisa era de las que nacen de la confianza en uno mismo, de la existencia absoluta de cualquier clase de depresión moral o emocional. Una sonrisa alegre, sincera, llena de vitalidad...

Una larga huida.

¿Y qué?

¿Acaso no estaba entrando en Wichita en aquellos momentos? Lo de antes, lo que quedaba atrás, sólo podía importarles a los otros, a los que le habían perseguido incluso más allá, más arriba de la frontera de Oklahoma.

Pero como la ley también tiene sus limitaciones, el *sheriff*, Hurst y sus tres comisarios, finalmente, habían considerado mucho más prudente desistir de la persecución que dar lugar con su insistencia a un más que probable conflicto legal entre los estados de Oklahoma y Kansas.

Sí, señor: ¡Wichita!

Chas Chandler suspiró profundamente. Ahora ya no le dolería el pescuezo de tanto mirar hacia atrás.

Pero de súbito, el ceño de Chas se arrugó en claro gesto de contrariedad. ¡Diablos! Hasta un hombre como él, audaz y alegre, necesitaba dinero para vivir.

Sus esperanzas de hallar en sus bolsillos siquiera fuese unos centavos, habían desaparecido ya hacía unos días. Consecuencia de ello era la ligereza actual de su estómago y una gran añoranza por un buen vaso de «*whisky*».

—Bueno —se dijo—. Esto se acabó. Ahora estoy en Wichita.

La amplia avenida central rebosaba gente y prosperidad. Cierto. Wichita era de las buenas ciudades que el Oeste podía ofrecer a sus hombres.

Había dinero, comida, *whisky*...

Y él, Chas Chandler, disfrutaría de todo ello en el mejor de los hoteles de la ciudad. Seguro.

Todo estaba tan adornado, tan bonito. De pronto, Chas lo comprendió todo. ¡Era el 4 de julio!

Y... ¿quién no celebraba en Estados Unidos de América la fecha de su independencia? Buena cosa, la independencia...

Chas se había detenido ante uno de aquellos vistosos carteles cuyos gruesos caracteres le habían apuntado la fecha. Era la propaganda del único teatro de Wichita, que ofrecía para el día siguiente, 4 de julio, una extraordinaria función... ¿Para el día siguiente? Entonces, no era día 4, sino 3... Bueno, ¿qué más daba? A cargo de una renombrada compañía venida a propósito del Oeste.

La comedia a representar se titulaba «Nuestro primo de América», y su mejor frase propagandística era ésta: «Vea usted lo que no pudo ver Abraham Lincoln».

De acuerdo. Él la vería. No sabía cómo, pero la vería.

Al paso de su maltrecha cabalgadura, continuó calle adelante, mirando con franca envidia las bien provistas cinturas de cuantos hombres se cruzaban con él y cuyos revólveres golpeaban suave, rítmicamente sus muslos.

Chas dejó de mirar a derecha e izquierda cuando en la acera de tablas de este lado vio lo que andaba buscando; es decir, lo mejor de cuanto pudiese encontrar en Wichita en materia de hoteles:

TEXAS HOTEL BEST IN THE WORLD

El mejor hotel del mundo. ¡Y se llamaba Texas! Chas notó un alegre calorcillo en el corazón. ¡Texas! Seguro, en cuanto la suerte le cambiase un poco, él volvería a Texas...

Sin pensarlo demasiado, descabalgó ante el lujoso porche.

Sondó satisfecho cuando se halló en el porche, resguardado de los ardientes rayos de sol del mediodía.

Y no entró en el hotel.

Se quedó allí, en el porche, inmóvil, con los ojos abiertos como nunca, admirando la mejor de cuantas piernas femeninas había visto en su vida.

La mujer estaba tras una de las grandes macetas que adornaban la entrada del hotel. Se había subido las amplias y largas faldas lo justo para poder arreglarse una inoportuna liga... y para que Chas viese la mejor pierna que había...

Chas notó un suave golpecito en un hombro, y como coincidiese con la cruel caída de las faldas, no tuvo inconveniente en volverse.

Un durísimo puño estalló violentamente contra su mentón, lanzándolo hacia atrás

con tan buena fortuna que cayó sobre la propietaria de la incomparable pierna.

Rodaron juntos por el porche. La mujer gritó, y tras haber mostrado a Chas, merced al revuelo de faldas, las dos mejores piernas que podía haber en el mundo, se incorporó rápidamente, ayudada por un hombre elegantísimo.

Luego, el hombre elegantísimo, frotándose el puño derecho, miró burlescamente a Chas, que parecía encontrarse a gusto en el suelo.

—Eso no se hace, amigo.

Chas dejó de mirar embozado a la preciosa muchacha para mirar al hombre. Antes de hablar, movió la mandíbula inferior a derecha e izquierda para asegurarse de su integridad.

—¿Qué es lo que no se hace? —preguntó luego.

—Mirar las piernas de las señoritas.

Chas se puso en pie.

—¿Me ha golpeado por eso?

—Por supuesto. ¿Le ha molestado mi golpe?

La feliz sonrisa de Chas Chandler asomó a sus labios.

—¿Usted qué cree?

—¡Psé!

—Pues sí, me ha molestado. Pero no se preocupe no me gusta pelear delante de mujeres. Hasta la vista.

Chas dio media vuelta, dispuesto a entrar en el hotel; pero la voz del hombre avisó:

—Se deja el sombrero, amigo. Y otra cosa: ¿qué busca usted en este hotel?

—¿Qué cree que puedo buscar en un hotel?

—Muchas cosas. Pero yo diría, por su aspecto, que viene a pedir limosna.

Chas rió alegremente.

—No sabe cuan cerca está de la verdad, petimetre.

Chas rió aún más al ver la mueca de desagrado con que lo miraba la preciosa muchacha de las preciosas piernas. Tenía fruncida su roja boquita y sus finas cejas. Los ojos, grandes y negros, mostraban todavía una lucecita de ira. Iba generosamente escotada, mostrando el encanto de sus hombros y de su fino cuello, de tonalidades marmóreas.

—Tiene la lengua muy suelta, amigo —advirtió el llamado petimetre.

—Y usted tiene muy sueltos los puños. La... señorita, ¿es amiga suya?

La muchacha enrojeció ante la manifiesta reticencia de las palabras de Chas. El hombre, llevándose la mano a uno de los bolsillos del chaleco, extrajo una moneda que tiró a los pies de Chas.

—Tenga su limosna. Pero como la caridad no excluye la firmeza, me veo obligado a exigirle que pida perdón por sus palabras a la señorita.

—No me gustan las exigencias.

—Puedo obligarle.

—¿Ayudado por el revólver que lleva en el sobaco?

—Tiene buena vista, amigo.

—¡Bah! No le dé importancia. Me he tropezado antes de ahora con muchos tipos como usted... Aunque ninguno me dio una limosna. Esto es algo nuevo para mí. Oiga, le voy a proponer un trato: le pediré perdón a la... señorita, si usted logra golpearme como lo ha hecho antes.

—Con mucho gusto.

Muy seguro de sí, el hombre elegante avanzó hacia Chas. Cuando llegó a su altura hizo un amago de golpe con el puño derecho, al mismo tiempo que el izquierdo ascendía veloz, en demoledor uppercut, hacia la barbilla de Chas.

Ambos puños silbaron en el vacío. Chas se había desplazado ya hacia la izquierda, y, cogiendo el todavía cerrado puño derecho de su adversario, le hizo girar hasta enfrentárselo.

Al mismo tiempo, su puño derecho se incrustó en escalofriante directo en la barbilla del elegante, que hubiese caído hacia atrás de no haber continuado Chas aguantándolo por la mano derecha.

Valiéndose de ésta, lo atrajo nuevamente hacia sí, para incrustar un corto y furioso cruzado al hígado, que blanqueó el rostro de su enemigo.

Sin molestarse en golpear más, seguro de la eficacia de sus dos únicos golpes, Chas soltó al hombre, que se arrugó hasta caer al suelo.

Chas Chandler se sacudió las manos, recogió el sombrero y penetró en el hotel, tras hacerle un guiño a la muchacha.

Pero antes de que ésta hubiese conseguido reaccionar de su aturdida indignación, Chas volvió a salir presurosamente. Se inclinó sobre la moneda que poco antes arrojara a sus pies el elegante y la recogió.

La mostró a la muchacha.

—¡Caramba, veinticinco dólares! —sonrió—. No cabe duda de que se me paga bien la petición de perdón. ¿Me perdona, señorita?

—¡Salvaje... —estalló por fin la muchacha—, rastrero, grosero...!

Chas se encogió de hombros.

—No me gustan las mujeres que tienen mal genio. El mal genio es cosa de hombres... y de mujeres feas. Adiós.

Se dirigió nuevamente a la entrada del hotel, sin hacer caso a los numerosos curiosos que se habían congregado en la calle y en la acera, alrededor de ellos.

Pero sí hizo caso al suave «cric» que tan bien conocía.

Y de las aclamaciones que le avisaron de lo que estaba ocurriendo a su espalda.

Se tiró al suelo, al mismo tiempo que se volvía hacia el lugar ^donde había quedado sin sentido el hombre elegante. Su sorpresa fue enorme al ver que no era éste quien disparaba contra él en aquellos momentos, tras haber montado el percutor, sino la muchacha, que sujetaba con las dos manos el revólver que había sacado de la funda sobaquera del hombre.

El disparo resonó briosamente en el porche. El plomo, mal dirigido, astilló la madera junto a la cual habíase tirado Chas.

Éste se sentó rápidamente, riendo.

—¡No dispaes, preciosa! —pidió—. Podrías matarme... ¡En!

El segundo disparo, mejor dirigido, calentó la mejilla derecha de Chas y luego arrancó unas cuantas hojas de la tupida mata que contenía la maceta.

Desengañado respecto a la que había creído inofensiva muchacha, Chas saltó hacia delante antes de que aquélla hubiese podido disparar por tercera vez.

De un rápido manotazo le arrebató el revólver, tirándolo encima del todavía inconsciente elegante.

La muchacha forcejeó, intentando desasirse de las fuertes y duras manos de Chas. Pero no sólo no lo consiguió, sino que tampoco pudo evitar que éste le retorciese los brazos hacia atrás y, luego, la apretase casi brutalmente contra él.

Durante lo que pareció una inmensurable porción de tiempo, los ojos del hombre y la mujer parecieron unidos en su insistente mirada, por un invisible hilo que los inmovilizara, impidiéndoles mirar hacia cualquier otro lado.

En la calle reinaba un tenso silencio.

Finalmente, Chas aflojó la presión que ejercía sobre la muchacha. Se inclinó sobre su boca, cuyo trémolo le indicó el alto grado de ira que agitaba a la muchacha.

Pero Chas no la besó. Se limitó a sonreír. El inesperado relumbrón de sus blancos dientes sorprendió a la muchacha, que batió rápidamente sus pulcramente enrimeladas pestañas.

Sorprendióla a ella más que a nadie, su ira se calmó pronto. Y la voz de Chas, suave ahora, lenta, acariciadora, la disolvió definitivamente.

—Me llamo Chas Chandler —susurró—. Y hace tiempo me prometí a mí mismo que me casaría únicamente con una mujer que fuese capaz de disparar contra un hombre. Lástima que la que he encontrado hasta ahora no me guste.

La soltó tan inesperadamente que la muchacha se tambaleó.

Y sin más, Chas Chandler penetró en el hotel.

CAPITULO II

DESCONCERTANTE CADÁVER

—¿En qué puedo serle útil, señor?

Pero el nombre, muy pálido y de ademanes excesivamente relamidos, no agradó a Chas. Ni le había gustado que se hubiese dado tanta prisa en interceptarlo antes de llegar al mostrador de recibo del hotel.

—Puede servirme proporcionándome la mejor habitación del hotel.

El hombre sonrió compasivamente.

—No hay ninguna libre, señor. Lo siento. Otra vez será. Hay en la ciudad otros hoteles o... similares que lo acogerán a usted con mucho gusto. Chas frunció el ceño.

—Me quedaré aquí; me gusta éste. Y estoy seguro de que usted será tan amable que me encontrará una habitación... aunque no pueda ser la mejor. Eso sí: que tenga baño. ¿Se puede conseguir eso en Wichita?

—En Wichita se puede conseguir todo lo que pueda comprarse con dinero. Sin embargo...

—¡Magnífico! —le interrumpió Chas. Misteriosamente le colocó en la mano la moneda de veinticinco dólares—. De momento, acépteme lo único que llevo suelto. Naturalmente, es para usted, no a cuenta de mi estancia en el hotel. El hombre pareció experimentar una sacudida. Miró a Chas de arriba abajo, fríamente. La moneda se escapó de su mano y rodó por el suelo.

Chas volvió a fruncir el ceño.

—¿Está usted inválido, hotelero?

—Mire, forastero, sus apariencias...

—Cuidado —musitó cariñosamente Chas—, no se fíe de las apariencias.

Aquel hombre le temía, pero prosiguió:

—... Y sus modales no son los que corresponden a este hotel. Por lo tanto, sin que ello le signifique a usted ofensa o... ¡En! ¿Qué... qué hace...?

Chas había cogido al hombre por el fondillo de los pantalones y por el cuello de la chaqueta, con la cabeza a un nivel más bajo que... el fondillo de los pantalones, casi tocando el suelo. Lo llevó, así, tranquilamente, hasta el lugar donde había caído la moneda.

—Cójala con los dientes.

—¡No! ¡Suélteme!

La voz del hombre salía ahogada por la presión de la chaqueta en el cuello y su postura cabeza abajo.

—Vamos, vamos, lechuzo de nido viejo, cójala... y enseguida...

De pronto, al oír tras él un suave carraspeo, Chas soltó al hombre y se volvió velozmente, aunque ladeándose, en previsión a cualquier posible sorpresa.

El hombre pálido y de ademanes excesivamente relamidos dio de cara contra el suelo de reluciente madera. Pero ni Chas ni el hombre del carraspeo le hicieron el menor caso.

Chas preguntaba:

—¿Qué le ocurre? ¿Qué quiere?

El hombre volvió a carraspear.

—Esto... ejem, joven, resumiendo, deje en paz a Tellgon. A cambio de eso —se apresuró a añadir—, él le proporcionará una buena habitación, motivo por el que parece ser discutían.

—¡Hombre! —sonrió Chas—. Usted es simpático. El tío más simpático de todo Wichita.

Era un hombre de mediana edad, fornido, de grueso rostro. Vestía bien, con una gruesa cadena enriqueciendo su bien curvado estómago. Ojos vivos, inteligentes. Pero lo más llamativo de él era su espesa barba rojiza, unida a un grueso bigote que casi sepultaba el labio superior. Una lívida cicatriz, que no le afeaba en absoluto, corría por el parietal derecho y se deslizaba, ya más fina, por la sien.

—Procuro serlo —correspondió el hombre a la sonrisa—. ¿Conoce a mucha gente en Wichita?

—Pues... a un hombre que acabo de tumbar de un puñetazo ahí fuera, a una preciosa muñeca de piernas fenomenales, a la cual, por cierto, he estado a punto de besar, a este tipejo que usted llama Tellgon... y a usted.

—Ejem... Interesante; interesante en verdad. ¿Con quién dice que se ha peleado?

Chas encogió los hombros.

—En mi vida le había visto. Un tipo muy elegante, apuesto... una preciosidad. Él me atizó primero.

Tellgon se había ya levantado, apresurándose a sacar, de debajo del mostrador, el libro de viajeros. Intervino por deferencia al hombre de la llamativa barba roja:

—Ha tenido el mal gusto de pelearse delante de mi hotel con el secretario del juez Rank, señor Culber.

—¡Caramba! ¿De veras hizo eso? —El barbudo, a escondidas de Tellgon, hizo un guiño a Chas—. Diga, joven: ¿es usted un pendenciero?

—Sólo a veces.

—Comprendo. ¿Por qué se peleó con Cummins? El secretario del juez, el elegante, ya sabe...

—Ese... hombre —intervino Tellgon— tuvo la desvergüenza de mirar las piernas

de la actriz Rae Sutters, la famosísima «Star» Rae Sutters, cuando ella salía de aquí, acompañada del señor Cummins. Éste había venido a buscarla de parte del juez Rank para que esta noche, aprovechando su estancia en Wichita, amenizase, con su arte, la fiesta de cumpleaños de la hija del señor juez.

—Bueno... —El hombre barbudo sonrió pícaramente—. Ese acto es, desde luego, incalificable. ¿Empleó la fuerza para ello?

—¡Oh, no, eso no! La señorita Sutters se estaba arreglando una media.

—¿Cómo lo sabe usted, Tellgon?

—¿Eh? ¡Oh, bueno, yo...! Casualmente yo salía...

Chas Chandler y el barbudo Culber soltaron la carcajada. El primero dijo:

—Usted es tan granuja como yo, amigo. Venga la llave de una buena habitación. Aquí, el señor, responde de que mi comportamiento será tan decente como... como el de usted mismo. ¿No es cierto, señor Culber?

—Sí, sí —rió el hombre. Y cambió de tema—: Oiga, Tellgon, ¿esa tal Rae Sutters no es la que mañana interviene en el reparto de «Nuestro primo de América», en el Holliday Theater?

—Sí, señor. Por cierto, que su oponente, Bill Shut, también ha sido requerido por el señor juez. Pero no ha habido manera de localizarle. Bill Shut es un gran actor.

—¿De veras? —El hombre rió jubilosamente—. Muy bien, ya lo veremos. Esta noche, naturalmente, asistiré a la fiesta del juez Rank. Supongo que tendré ocasión de verlo. Bueno, hasta luego, Adiós, joven. No busque demasiadas pependencias. Éste es un hotel muy tranquilo, ¿sabe? —Miró a Chas fijamente—. Hasta los pistoleros lo respetan.

El barbudo Culber salió con señorial empaque del bote, seguido por la mirada de Chas. Aquél era uno de esos tipos inconfundibles que uno no olvida nunca.

Se volvió al pálido Tellgon.

—¿Quién es ése?

—Sam Culber. Un ganadero riquísimo. Su estancia en la ciudad no es debido únicamente a los festejos del 4 de julio. Ha sido requerido por el juez Rank para actuar de testigo de cargo contra dos hombres que fueron hechos prisioneros el otro día al asaltar un banco.

—¿Y el señor Culber presenció lo ocurrido?

—Exactamente.

—¿Cómo no los han juzgado ya... o linchado?

Tellgon se permitió una sonrisa.

—Usted tendría que conocer al juez Rank antes de admitir que pueda lincharse a dos hombres a los que él se ha propuesto juzgar. En cuanto al retraso es debido a las fiestas, para no deprimir a la gente con ejecuciones.

—Se ha vuelto muy charlatán desde que yo le he caído en gracia al tal Culber, ¿no le parece, hotelero?

Éste se envaró, recuperando inmediatamente su aspecto impersonal. Le tendió a

Chas una llave.

—El señor Culber goza de una buena fama en Wichita. Su habitación es la doce, precisamente al lado de la de él. Sería mucho pedir que hiciese un pago anticipado de tres días, señor... —consultó el libro en el que Chas había firmado mientras hablaban —... Chandler.

—Sí. Sería mucho pedir. Me gusta este hotel. Y aunque lo que no me gusta es dar propinas, cuando las doy quiero que las acepten.

Tellgon miró hacia el suelo, más allá del mostrador. Sin decir palabra, salió de detrás de éste, recogió la moneda y se la guardó.

—Buen chico —dijo Chas—. ¿Le molestaría cuidarse de mi caballo? Está fuera, y aunque no vale gran cosa, es una de las pocas cosas que tengo en esta cochina vida... que mejorará en Wichita.

Tellgon no replicó, y Chas subió cansinamente las escaleras que conducían al primer piso. Buscó el número doce. Cuando lo halló, introdujo la llave en la cerradura, abrió y...

—¡Diablos!

Un clarísimo rayo de sol daba sobre la cama, situada al fondo y en ángulo de la espaciosa y bien amueblada estancia. Sobre la cama, un hombre, vestido y con las botas en dirección a la puerta.

Chas retrocedió un par de pasos para mirar nuevamente el número de la habitación.

Seguro: la doce.

Cuando se dirigía a la cama, dispuesto a echar de allí al que inmediatamente calificó de borrachín desorientado, vio de pronto, muy brillantes, los abiertos ojos del hombre que estaba sobre la cama.

—¡Diablos! —volvió a exclamar.

Chas Chandler había visto tantos muertos que interpretó en el acto aquella exótica mirada.

Con rápidas zancadas llegó junto al hombre que usurpaba su lecho, y entonces lanzó su tercer ¡diablos!

Chas Chandler era un muchacho inteligente, valiente, audaz. No creía en fantasmas ni en cuentos de aparecidos.

Pero aquello no era un cuento, ni un fantasma.

¿Quién podía negarle a él que aquel hombre muerto, aquel cadáver, era el simpático, orondo, pelirrojo y barbudo Sam Culber?

—Pero...

Corrió hacia la puerta, y, luego, escaleras abajo.

¿Cómo era posible que Sam Culber estuviese allí, muerto, con dos feroces cuchilladas en el pecho, si él mismo acababa de verlo salir no hacía ni siquiera tres minutos del Texas Hotel?

CAPITULO III

EMPLEO DE PISTOLERO

Sus fuertes pisadas resonaron primero sobre las escaleras y luego sobre él, en aquellos momento, solitario vestíbulo del hotel.

—Oiga, Tellgon, arriba...

Chas se detuvo.

—¡Tellgon!

El pálido y despectivo hotelero estaba apoyado de brazos en el mostrador de recepción, con la cabeza caída sobre éstos, como si estuviese descabezando una extemporánea siesta.

En su mano derecha, muy blanca, destacando mucho los nudillos, tenía un Colt 45 cuyo percutor ni siquiera había sido levantado.

Chas supo que Tellgon estaba muerto, incluso antes de que, al tocarlo suavemente, éste resbalase del mostrador y cayese blandamente al otro lado. Chas dio la vuelta al mueble y se inclinó sobre el hombre.

«En buen lío me he metido. Ahora sólo faltaría la presencia del maldito Hurst reclamándome para el estado de Oklahoma. En fin, creo que lo mejor es avisar al *sheriff* de aquí. ¡Diablos, y que esto me pase apenas llegado a Wichita!».

Cuando se incorporaba, vio sobre uno de los departamentos internos del mostrador un cinto con su correspondiente funda... pero ésta, vacía. El revólver que faltaba allí, era, sin duda, el que empuñaba todavía el recién muerto Tellgon.

Procurando no mancharse las manos con la sangre que había brotado copiosamente del acuchillado pecho de Tellgon, Chas arrancó de la mano de éste, que ahora había quedado muy cerca de la herida, el Colt 45.

Casi febrilmente, se ciñó el cinto y colocó el revólver en la funda. Hecho esto, que le produjo una escalofriante sensación de placer, Chas se dirigió hacia la puerta.

¡Bah! ¿Por qué tenía nadie que saber que aquel revólver había pertenecido al infortunado Tellgon?

Apenas abierta la puerta, con el despiadado sol dándole de frente, casi cegándolo, Chas notó el truco, irritante quemazón en el cuello, y el abrasador arañazo en el costado derecho.

Inmediatamente oyó los dos disparos.

Y luego, mientras instintivamente se dejaba caer de rodillas al suelo, el seco golpetazo que arrancó el sombrero de su cabeza.

El cuarto disparo pasó ya por encima suyo, zumbando hacia el interior del hotel.

Chas Chandler, ahora, sonreía, mirando hacia el frente a través de sus entrecerrados ojos.

Eran dos.

Sólo dos.

Dos hombres contra él, contra Chas Chandler.

Estuvo a punto de reír mientras disparaba tres veces con increíble velocidad hacia uno de los hombres, que corrió lateralmente.

La calle, como sucedía siempre que sonaban disparos, se había vaciado.

Al mismo tiempo que el hombre contra el que había disparado Chas daba un espectacular traspié y saltaba en el aire para caer de bruces un par de metros más allá, éste, de reojo, vio entonces las faldas que delataban la presencia de una mujer, muy cerca de él.

Estaba inmóvil; tanto, que Chas comprendió que el susto la había paralizado.

Al mismo tiempo que rodando esquivaba otros dos plomos que rebotaban en el lugar que había ocupado medio segundo antes, Chas cogió a la mujer por las piernas y le hizo perder el equilibrio.

—¡Al suelo, señora! ¿Quiere que la maten?

Se estaban distrayendo.

No eran dos, sino tres. Es decir, ahora sí eran dos, pues el que había dado el traspié para caer de bruces parecía definitivamente fuera de combate.

La mujer no decía nada. Ni siquiera chillaba. Pero embarazaba a Chas con su presión sobre él. Éste, sin mirarla siquiera, la apartó sin ninguna clase de contemplaciones.

Su revólver envió un certerísimo mensaje de muerte al corazón de otro de los pistoleros que, habiendo salido de la protección de los porches de la acera frontera, corría por la calzada hacia él, disparando rápidamente.

Un puñado de astillas de uno de los soportes del porche saltó contra la cara de Chas, que al cerrar los ojos no pudo ver la súbita detención de su impetuoso enemigo, ni la gran pirueta trágica que describió, ilógicamente, acto seguido.

Cuando abrió los ojos, comprendió que el último de sus enemigos estaba tras un carro cargado de paja, posiblemente recargando el revólver o esperando la oportunidad de balearlo a placer.

Chas aprovechó la ocasión para recargar, su revólver Colt 45, el que había pertenecido a Tellgon. Pero mientras lo hacía, no perdía de vista el lugar, por el que esperaba ver salir, de un momento a otro, al último de sus enemigos.

Recargado ya el revólver, Chas, impaciente, comenzó a desplazarse hacia la derecha, a fin de coger a su enemigo de costado.

La calle seguía en su solitario abandono.

Durante dos segundos, tras haber descendido a la calzada con las máximas precauciones, Chas se quedó atónito al constatar que al otro lado del carro no había nadie. Por lo menos, no veía los pies...

—¡Cuidado!

Al mismo tiempo que la voz de la mujer quebraba, agudamente, la tensa expectación, Chas comprendía lo insólito de la situación; por lo tanto, cuando desde lo alto del carro disparaba contra él el último de los tres pistoleros que le habían tendido la emboscada, Chas ya había saltado ágilmente hacia la izquierda.

Los disparos de su enemigo levantaron tres nubecillas del blando polvo de la calle, y, rebotando, los plomos prosiguieron su trayectoria hacia el hotel, destrozando los cristales de una de las amplias ventanas de la fachada.

Los plomos de Chas crearon inmediatamente una gran mancha roja en el pecho de su enemigo. Éste se encogió bruscamente, llevándose la mano izquierda al pecho, donde se agarró con rabia en el lugar donde tenía clavados los dos proyectiles.

Estaba curvado, encogido, vencido...; la sangre, abundante, rebosó la ineficaz contención de la mano y goteó sobre la paja que llenaba el carro resaltando su rojo rabioso sobre el pálido amarillo. Pero el hombre, con la mano derecha, aún pudo disparar una vez más. Y, casualidad o no, su último plomo rebotó ante los pies de Chas, que, ya recuperado el equilibrio del anterior salto, saltó ahora, con precisa lógica, hacia atrás.

Y simultáneamente, disparó todavía otra vez. Disparo inútil, porque ya el hombre caía hacia delante, hacia la calle, hacia el polvo...

En su último salto hacia atrás, Chas tropezó con los escalones del porche, cayendo sobre la mujer que, desaparecido el peligro, estaba incorporándose.

Ambos rodaron sobre el porche, confusamente; Chas fue el primer en reaccionar y, sin abandonar... es decir, sin enfundar aún el revólver que empuñaba en la mano derecha, se incorporó y tendió la mano izquierda a la mujer.

—Vamos, señora, no se asuste y deme...

Se detuvo boquiabierto.

Estaba viendo las mejores piernas del mundo. Inconfundibles. ¡Oh, seguro, diablos...! Era imposible que en el mundo hubiese dos pares de piernas, iguales, tan perfectas, tan torneadas...

—¡Bruto! —dijo una voz que, pese a la irritación que latía en su tono, era maravillosa.

Cuando Chas logró arrancarse de la fascinación que le producían las piernas, para mirar al rostro de la propietaria sabía ya quién era aquella mujer. Al fin y al cabo, unas piernas también pueden servir para reconocer a una persona.

—Hola, preciosa —susurró cariñosamente—. Otra vez juntos, ¿eh? Ooooh...

El «Ooooh...» de decepción lo lanzó Chas cuando la mujer, para incorporarse, haciendo caso omiso de la mano tendida hacia ella, dejó de mostrar sus torneadas piernas.

—¡Grosero! —Insultó la bellísima Rae Sutters.

La bofetada restalló secamente en la todavía silenciosa calle.

Chas enfundó el revólver. Se llevó luego, con calma, la mano a la mejilla abofeteada.

Y finalmente, muy contrito, se quejó:

—¡Diablos! ¡Y yo que pensaba pedirte una entrada para verte mañana en «Nuestro primo de América»...!

«Star» Rae Sutters parecía a punto de estallar de indignación.

—¿Cómo se atreve...? ¡Pistolero desvergonzado!

—Cálmate, preciosa. No soy ningún desvergonzado.

Una voz preguntó:

—¿Pero sí pistolero?

Chas clavó con rapidez su aguda vista en el hombre que había hecho la indiscreta pregunta. En cuanto lo vio, relajó la tensión súbita que había ordenado a su mano volar otra vez hacia el revólver.

Era un hombre como de cincuenta años, agradable, bien afeitado, de aspecto serio y elegante, casi señorial. No llevaba armas a la vista, ni parecía llevarlas ocultas en ningún sitio.

¿Quién se atrevía a pasearse desarmado por Wichita?

—¿Quién es usted? —preguntó Chas a su vez.

—Mi nombre no le dirá nada, muchacho. Pero ahí va:

Joseph Rank. Y le aseguro...

—Vaya, vaya —interrumpió Chas—. Nada menos que el juez de Wichita acaba de verme matar a tres hombres. ¿También a mí me juzgará una vez pasadas las fiestas del 4 de julio?

Rank frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir? ¿Cómo sabe mi nombre?

—Igual que el de esta preciosa fierecilla, señor juez. Las orejas, además de para poner en ellas las colillas de los cigarrillos, suelo emplearlas para oír lo que se habla a mi alrededor. Y en este hotel se habla mucho.

—¿Se aloja usted en el Texas?

Chas señaló sus ropas.

—Extraordinario, ¿verdad? Pero no se fíe de las apariencias, señor juez; aquí dónde y cómo me ve yo soy...

—Un pistolero grosero y zafio —interrumpió Rae Sutters que se había estado mordiendo con despecho los labios al verse tan rápidamente excluida de la conversación.

Chas sonrió y le guiñó un ojo al juez Rank.

—Bueno, algo así: sí, señor. Y eso responde a su pregunta del principio. Soy un pistolero si es necesario. Pero nada de grosero ni zafio, ¿en, preciosa?

—Hay algo de usted que me interesa ahora muchísimo más, muchacho. ¿Quién le

ha dicho mi nombre? ¿Por qué se lo ha dicho? ¿Y por qué ha preguntado si «también» le juzgaré pasadas las fiestas del 4 de julio? ¿Qué ha querido decir con ese «también»?

—Su nombre y su cargo me lo han dicho no hace muchos minutos el conserje del hotel y un señor amable y simpático, pelirrojo y barbudo, llamado Sam Culber. Y también han sido ellos los que me han dicho, aunque de un modo ciertamente indirecto, que usted esperaba a que pasase el 4 de julio para juzgar a los dos salteadores que habían logrado coger de los que asaltaron el banco.

Joseph Rank sonreía afablemente.

—¿Conque Culber, eh? Precisamente venía a hablar con él aprovechando que acompañaba a la señorita Sutters...

Chas iba meneando negativamente la cabeza; hasta que Rank dejó de hablar para mirarlo a con expresión interrogante.

—No podrá usted hablar con Sam Culber, señor juez.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Por qué?

Cachazudamente, Chas extrajo el revólver derecho al recordar de pronto que lo había enfundado sin recargarlo. Mientras lo hacía, dijo, tras lo que se convirtió en larga pausa:

—Porque está muerto.

—¡Asesino! —gritó Rae Sutters.

Chas la miró con burla.

—Exactamente: un asesino ha robado la vida al señor Sam Culber. ¿No dice usted nada, señor juez? Parece que se ha inmutado un poco.

Joseph Rank asintió con la cabeza.

—Así es. Sam era un buen amigo mío. ¿Está seguro que ha sido asesinado?

Para asombro de Rae y el juez Chas dijo:

—Pues no. La verdad es que no estoy seguro.

Rank se pasó la lengua por los súbitamente resecos labios. Luego, tras lanzar una mirada a su alrededor, pareció molestarle la gente que ya comenzaba a rodearlos comentando la valiente pelea de Chas Chandler.

—Vayamos adentro —propuso, comenzando a caminar hacia la entrada del hotel—. Tal vez mientras Tellgon nos sirve unas copas en el salón usted se puede explicar mejor.

Chas encogió los hombros y le dio el paso al juez y a Rae. Mientras caminaba tras ellos, comentó:

—Tellgon no nos podrá servir ninguna copa.

Rank se volvió hacia él.

—¿Porqué?

—Porque también ha muerto. Y de esto sí estoy completamente seguro. En cuanto a ti preciosa —se apresuró a advertir a Rae—, si has de estar llamándome asesino cada vez que muera un hombre en Wichita más vale que desistas de ello. Acabarías

afónica, y ¿qué sería mañana de la gran obra sin tu presencia y tu arte?

Rae enrojeció y abrió la boca dispuesta a hacerse oír, pero el juez Rank no estaba para perder el tiempo en tonterías.

A una mirada suya, Chas le señaló el mostrador. Rank se dirigió hacia allí. Fue un rápido vistazo; tan rápido que tuvo tiempo de impedir que Rae viese el ensangrentado cadáver del infeliz Tellgon.

—Naturalmente, usted no lo ha matado.

—Claro que no, señor juez.

—¿Cómo se llama usted?

—Chas Chandler. Vagabundo —sonrió anchamente—. Soy tejano.

—Ya. Y está orgulloso de ello, ¿no?

—¿Usted no lo estaría?

Rank encogió los hombros.

—No lo sé. ¿Le importaría explicarme lo que ha ocurrido? Desde luego, usted debe saber, ¿no es así?

—Sé lo que he visto, pero no lo que ha ocurrido —puntualizó cautamente Chas. Joseph Rank le dirigió una penetrante mirada.

—¿Seguro que usted es un vagabundo? ¿No ha sido nunca algo mejor?

Chas esbozo una nostálgica sonrisa.

—¿Quién sabe? Dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor... para todos los hombres.

—¿Y su pasado fue mejor que su presente?

—¿Quién sabe? —repitió Chas, ambiguamente.

—Por supuesto, usted no está obligado a dar explicaciones... si exceptuamos lo concerniente al momento actual.

—¿Opina usted, señor juez, que en el momento actual estoy obligado a dar explicaciones?

—Pues... sí; opino que sí —pero sonrió—. Sin embargo, digamos que se lo ruego. ¿Le gusta más así?

—Mucho más. A ver si logro explicarme con claridad.

Minutos después, el juez Rank aprobaba:

—En efecto: ha conseguido explicarse con claridad. Y ahora, vamos a ver el desconcertante cadáver de mi amigo Sam Culber.

Rae Sutters se quedó en la planta mientras los dos hombres subían a la habitación de Chas.

Éste empujó la puerta, que había dejado abierta al salir precipitadamente.

—Vea. Está en mi cama...

—¿Quién está en su cama?

—¡Diablos! ¿Quién ha de ser? Pues su amigo el señor Culber, que...

Chas Chandler enmudeció.

Tras morderse los labios, lanzó su exclamación favorita por enésima vez:

—¡Diablos! Pero...

Con rápidas zancadas se llegó a su cama. ¡Nada! ¡Allí no había nadie! Ni vivo, ni muerto. Sencillamente, ¡nadie!

—Pero si...

El juez, Rank lo miraba irónicamente.

—¿Cuál es su bebida favorita, muchacho?

Chas dirigió una furibunda mirada a Rank.

—Oiga, juez: hace tres días que mis bolsillos están huérfanos de cualquier manifestación pecuaria. No tengo ni un solo centavo. No podría comprar ni un vaso de agua. Comprenderá que mucho menos de bebida.

—Le creo. Sin embargo, para ser usted un hombre que no tiene ni un solo centavo, se ha buscado un hotel muy caro.

—Precisamente. Ya que no podía pagar ninguna clase de hospedaje, me busqué el mejor. Siempre agrada más que a uno lo echen de un hotel de lujo que de una pocilga.

Rank soltó una carcajada.

—Usted sabe vivir —aseguró—. ¿Me aceptaría un empleo?

—¿Un empleo con usted? Eso quiere decir que no piensa detenerme.

—¿Por qué había de hacerlo? Usted no es hombre de cuchillo y como Tellgon ha muerto así, acuchillado, se deduce que no lo ha matado usted. En cuanto a Sam Culber... ¿quién puede acusarlo a usted de haber matado a un hombre cuyo cadáver no está a la vista? Usted llegó aquí muy cansado, muchacho. ¿No cabe la posibilidad de que soñase lo del cadáver?

—Si alguna vez sueño, no lo hago con cadáveres. Le aseguro que el señor Culber estuvo hablando conmigo y con Tellgon en el vestíbulo. Y cuando yo llamé aquí, lo encontré muerto sobre la cama.

—Muchacho —Rank puso una mano sobre el hombro de Chas—, usted es un pistolero fenomenal, lo he visto actuar. Tiene nervios de acero y buenos reflejos.

Sé que cuando la muchacha gritó avisándole de que el último pistolero estaba encima del carro de paja, usted ya lo sabía. En realidad, y aunque ni usted mismo se diera cuenta, ya estaba disparando hacia allí al mismo tiempo que saltaba hacia un lado. Usted es uno de esos hombres de los que se dice que han nacido con el revólver en la mano.

Pero creo —y no se moleste— que yo tengo más cerebro que usted. Deje la solución de este enigma en mis manos. Posiblemente, Sam Culber acudirá esta noche a la fiesta de cumpleaños de mi hija, y se reirá cuando le digamos que usted lo vio muerto.

Mientras tanto, ¿me acepta el empleo?

—Empleo, ¿de qué?

—Hombre, Chandler —sonrió el juez amistosamente—, eso ni se pregunta: empleo de pistolero. Sin embargo, será usted un pistolero un poco extraño, ya que su misión consistirá en procurar, si es necesario con las armas en la mano, que la gran

cantidad de pistoleros que hay en Wichita no se desmanden excesivamente durante estas fiestas. En realidad, aunque sea como pistolero, usted servirá a la Ley.

Chas Chandler lanzó una estentórea carcajada.

—¿Yo servidor de la Ley? ¡Fantástico! Acepto. ¿Sueldo?

—Cien diarios.

—¿Cien dólares?

—Ajá.

—¿Cien dólares diarios? Oiga, señor juez: ni siquiera nuestro presidente Ulisses Simpson Grant gana tanto.

—Ya lo sé. Pero Grant no puede hacer por mí lo que hará usted durante estos días.

—¿Qué es ello?

—Defender mi vida. En la cárcel hay dos hombres que serán juzgados pasado mañana. Los que usted ya sabe que asaltaron un banco. Alguien se esforzará en que no sean juzgados. Hará lo que sea con tal de conseguirlo. Y le diré otra cosa, muchacho: no me extrañaría que, efectivamente, Sam Culber hubiese muerto asesinado.

—Usted ha bebido, señor juez.

—No se ría, Chandler. Y ahora escuche atentamente, ya que Sam ha sido asesinado, ahora vendrán a por mí. Está noche, en mi casa, doy una fiesta...

CAPITULO IV

DOS BUENOS REVÓLVERES

El juez Rank y Chas Chandler descendían poco después las escaleras, en amigable compañía.

Antes de llegar al vestíbulo vieron a Rae Sutters rodeada de un grupo de personas, entre la que destacaba la atlética y bien proporcionada figura de un hombre joven e irreprochablemente vestido. Un bulto ligerísimo, pero que Chas notó enseguida, atestiguaba la presencia de un revólver, posiblemente del calibre 38, en el sobaco izquierdo.

—Bill también acepta actuar en su fiesta, señor juez —informó Rae apenas llegaron junto a ellos Chas y Rank.

—Magnífico. Espero que ambos harán las escenas más apropiadas para distraer a mis invitados. Ya saben que aquí hay cosas que no saben apreciarse como en el Este.

—No se preocupe —sonrió Bill Shut—. Puede confiar en nosotros con la seguridad de que no defraudaremos a sus amigos. ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Es cierto que han matado a dos hombres en el hotel?

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó rápidamente Chas.

El apolíneo ejemplar miró muy despacio a Chas, de arriba a abajo. Al fin, con displicencia, contestó:

—Rae, por supuesto. Además, a uno de los muertos lo acabo de ver tirado ahí detrás del mostrador. ¿Quién es el otro?

—No hay otro —dijo el juez Rank—. Pero, de todas formas, esto no es de nuestra competencia. Es de esperar que el *sheriff* sepa su oficio tan bien como usted el suyo, Shut, ¿no le parece?

—Entonces podemos considerar que el culpable ya esté en manos de la ley —fanfarroneó Shut.

Chas rió burlescamente.

—¿Quiere decir que usted sabe muy bien hacer el payaso? Bueno, ponerse a hablar con otra persona cosas que no sienten ninguno de los dos y todos esas tonterías de amor...

Rae intervino con voz irritada.

—No le hagas caso, Bill. No es más que un sucio pistolero.

—En efecto —rió Chas—. Tan sucio y tan polvoriento, tan cansado, que tendrán que disculparme. ¿No se dice así? Por cierto, señor Shut, que si mis informes no fallan, un tal Cummins, secretario del señor juez, le está buscando por ahí.

—¿Estás insinuando que debo marcharme?

—Sólo le pregunto dónde estaba usted cuando vino a buscarlo y únicamente encontré aquí a la señorita.

El juez Rank miraba con expresión divertida la indignación que iba apoderándose del guapo Bill Shut. Eso de que un hombre lleno de polvo, con barba de una semana y llevando un revólver como sólo saben llevarlo los pistoleros le interrogase, no parecía hacerle ninguna gracia.

Rae Sutters se anticipó a lo que, sin duda, hubiese sido una indignada respuesta por parte del actor.

—No le des ninguna explicación, Bill. Y por favor, acompáñame a mis habitaciones.

—Con mucho gusto —miró a Rank—. Hasta la noche, señor juez. Y tenga la completa seguridad de que quedará satisfecho de nuestra actuación.

—Estoy seguro —sonrió Rank—. Ha sido una gran satisfacción para mí poder contar en este día con artistas de la valía de ustedes.

—Debe agradecerse a Bill —dijo Rae—. Ya hacía tiempo que quería venir a actuar en Wichita. Y hemos aprovechado este verano en el que Bill se las arregló para no tener ningún contrato pendiente.

—¿Por qué ese interés? —se burló Chas—. Wichita no es ciudad para gente como ustedes. Hay lugares mucho mejores al Este.

Rae Sutters y Bill Shut miraron fríamente a Chas.

—¡Bah! —exclamaron a la vez.

Y se dirigieron hacia las escaleras.

Joseph Rank soltó una risita.

—Usted no les ha caído simpático, Chandler.

Chas sonrió.

—A ella, sí.

—¿Cómo dice?

—Que a ella le gusto, señor juez. ¡Oh!, no se asombre. Las mujeres son un poco complicadas. Le apuesto la paga de un día a que antes de desaparecer de nuestra vista se vuelve para mirarme. Lo hará con todo el disimulo posible... pero lo hará.

—Acepto la apuesta.

Efectivamente, antes de doblar el rellano de las escaleras que ya la ocultarían a la vista de los que permanecían en el vestíbulo, Rae Sutters ladeó ligeramente la cabeza. Chas, burlonamente, le envió un beso con la mano.

Rank rió regocijado cuando la muchacha volvió altivamente la cabeza.

—Usted es un muchacho listo, Chandler. Ahí van sus cien dólares. Procure hacer buen uso de ellos.

—Seguro —rió Chas—, seguro. Ya lo verá.

—Ahí viene el *sheriff*. Naturalmente, no conseguirá nada. Y no porque sea un cobarde o un inepto, sino porque en estos casos nunca se averigua nada. ¿Cómo saber quién y por qué mató a Tellgon? ¿Y cómo saber si en verdad Sam Culber está muerto? Y si está muerto, ¿dónde está su cadáver?

El *sheriff* Marvin se acercó a los dos hombres. Miró curiosamente a Chas, pero resultaba evidente que todo su interés consistía en dar al juez esta información:

—Han encontrado el cadáver de su amigo Culber en su casa, señor juez.

Joseph Rank respingó, atragantándose con su propia saliva.

—¿Qué dice!

—Pues... Pues eso, diantres. Asombroso, ¿verdad?

—¿Asombroso? —preguntó Chas—. No veo lo asombroso en ningún sentido. ¿Qué tiene de asombroso que un hombre aparezca muerto en su propia casa?

Marvin encogió los hombros.

—Quizá me he expresado mal. Al decir que ha sido hallado muerto en «su» casa, no me refería a la de Culber sino a la de usted, señor juez.

—¡Imposible! —exclamó Chas.

El *sheriff* lo miró fijamente, frunciendo el ceño.

—¿Por qué es imposible?

—Porque...

—Déjelo, Chandler. Así debe ser cuando lo dice Marvin. ¿Cómo lo ha sabido, *sheriff*?

—Ahí fuera, en una calesa, están su secretario y su hija. Ellos vinieron a decírmelo a mi oficina justamente cuando salía a enterarme del tiroteo que había en la calle. Me han dicho algunos —miró a Chas— que fue usted quien mató a esos tres hombres. ¿Cierto?

—Ciertísimo —sonrió Chas.

—También me han informado de que fue una buena pelea. Sabe disparar, ¿eh?

—Un poco. ¿Le molesta?

El *sheriff* Marvin miró a Rank.

—Depende. Usted está con el señor juez. Y no sé qué pensar respecto a ello.

—Chas Chandler es cosa mía, Marvin. Desentiéndase de él y procure aclarar las circunstancias de la aparición del cadáver de Culber en mi casa. También tiene usted trabajo aquí. Han matado a Tellgon. ¿Cree que podrá averiguar algo sobre esto?

Marvin encogió los hombros.

—Me parece que esto no lo averiguaría ni siquiera uno de los Pinkerton. Pero haré lo que pueda. Le tendré al corriente.

El *sheriff* se dirigió hacia el lugar donde estaba el cadáver de Tellgon. Tuvo que apartar a un buen número de curiosos, en su mayor parte clientes del hotel.

Mientras tanto, Rank y Chas Chandler salían al porche. Junto a éste, en la calzada, había una calesa con dos buenos caballos uncidos a las barras.

Chas sonrió irónicamente al ver al elegante Cummins, en cuya barbilla, aunque muy levemente, destacaba, con un tono rojizo-morado, el pequeño hematoma producido por el durísimo puño del recién contratado pistolero.

Cuando miró a la muchacha que se sentaba a su lado, Chas abrió la boca en incontenible gesto maravillado. Cabellos dorados, ojos increíblemente grandes y azules, boquita redonda y roja como las amapolas mexicanas, busto fino, esculturalmente modelado.

La muchacha también lo miraba a él. Se sonrojó levemente ante la impremeditada desfachatez de la mirada de Chas, pero no bajó la vista. Sin que en ella influyese su voluntad, Chas se encontró preguntándose si aquella preciosa muchacha tendría unas piernas tan formidables como las de la irascible Rae Sutters.

—¿Qué ha ocurrido, Jenny? Estás un poco acalorada, hija. Debiste asustarte mucho al encontrar allí al pobre Culber, ¿verdad?

La muchacha había saltado de la calesa; estaba ahora junto a su padre que le pasaba, protectoramente, un brazo por los hombros.

—Sí, papá; me asusté. Por suerte, John estaba conmigo. ¿Por qué lo han matado, papá? Era., era horrible. ¡Pobre señor Culber!

—Bien; ya no tiene remedio, Jenny. Procura olvidarlo. Vamos a casa. John, ¿quiere avisar al *sheriff* que le esperamos en casa?

—Sí, señor.

Cummins descendió de la calesa; pasó junto a Chas sin mirarlo, pero éste notó la fuerza con que encajaba las mandíbulas. Se hubiese reído de él, de no estar tan absorto en la contemplación de la bella muchacha.

Joseph Rank dijo:

—Puede hacer lo que quiera hasta el anochecer, Chandler. Para entonces, lo espero en casa. A menos que quiera venir a echarle un vistazo al cadáver de Sam Culber.

—No es necesario —sonrió Chas—. Ese cadáver ya lo conozco. Le aseguro que estaba donde le mostré. Raro, ¿verdad?

—Mucho. Hasta luego.

Chas se alejó de la calesa, calle abajo.

Prescindiendo de si en el hotel había o no baño, entró en la primera barbería que halló en su camino. Allí se bañó, en la parte trasera, utilizando el gran tonel rebosante de agua. Por ese «lujo», los vaqueros que llegaban a una ciudad después de días o semanas conduciendo ganado solían pagar hasta diez dólares.

A él le costó esa cantidad bañarse, afeitarse y cortarse el pelo.

Poco después entraba en un bazar, de donde salía media hora más tarde completamente cambiado. Ropas de confección, pero fuertes y limpia. Además, le caían bien.

Y una hora más tarde, satisfecho tras la larga discusión, salía de una armería donde por ciento sesenta dólares había comprado los dos mejores revólveres que

había visto en su vida. Eran Colt del 45 en su más moderna creación, pavonados, de cañón fijo y cachas de hueso. Tan sólo el cañón medía ya siete pulgadas.

En el precio iba incluido un buen cinto con sus correspondientes fundas.

De los doscientos dólares —cien que le había adelantado Rank y cien que le había ganado en la apuesta— le quedaban cinco.

—Supongo que en Wichita se podrá comer algo por cinco dólares.

Lo hizo.

Y diez minutos más tarde, Chas Chandler, tras cerrar la puerta de su habitación del Texas Hotel y colocar la silla en la que había colgado su cinto cerca de él, dormía apaciblemente, con un sueño reparador y tranquilo.

CAPITULO V

LA FIESTA

Era muy lucida.

Había de todo cuanto se considera imprescindible en una fiesta de cumpleaños de una linda señorita. Había de todo.

—Menos *whisky* —gruñó Chas.

Se bailaba en el gran salón de la planta baja de la casa. Las grandes puertas cristaleras que daban al jardín de la magnífica casa del juez estaban abiertas.

Era una noche hermosa y tibia, estival Chas Chandler se apoyó en las puertas para disfrutar de la relativa frescura del exterior y no perder de vista lo que ocurría en el interior.

—Ni una gota de *whisky* —rezongó ahora—. ¡Bah, qué fiestas!

Él sabía que el juez Rank y algunos de sus amigos estarían bebiendo buen *whisky*. ¿Para qué, si no, habían entrado en el despacho del dueño de la casa?

En cambio a aquellos muchachos que se estaban reventando con aquel bailoteo, les daban ponche.

Todo el ponche que quisieran. ¡Bah, bah y bah!

Chas buscó una vez más con la vista a Rae, pero por lo visto todavía no había llegado. Seguramente llegaría acompañada del guapo Bill Shut.

En cambio, Jenny Rank, la bonita hija del juez, mientras repartía sonrisas —y ponches— a sus admiradores y a sus amigas, dirigía frecuentes miradas a aquel muchacho alto y atlético, de rostro agradable aunque en continuo fruncimiento de cejas, como si estuviese disgustado por algo.

Lo conocía. Oh, sí, seguro. Seguro que lo conocía; pero no lograba situarlo en sus recuerdos. Vestía con mucha discreción, con ropas fuertes y nuevas, pero de evidente confección en serie.

Sin embargo, no era esto lo más desagradable de él, sino los dos grandes revólveres que llevaba en sendas fundas, muy bajas y atadas a los muslos.

Ello ocasionaba más de una mirada recelosa y a la vez reprobativa por parte de las señoras ya entraditas en años, que se hallaban sentadas alrededor del salón.

Chas comenzó a sonreír al advertir la maniobra de la muchacha. Iba de grupo en grupo, y era inevitable que pasase frente a él. Le hablaría. Ella a él, desde luego. Las

mujeres son muy curiosas.

Y ciertamente, cinco minutos más tarde la hija del juez posaba sus maravillosos ojos azules en los oscuros del pistolero.

—Usted no baila —dijo—, ni bebe. ¿Por qué?

—No bailo porque no estoy aquí para eso. Y no bebo porque ya he pasado de los quince años. ¡Ponche! Sin embargo, señorita, permítame que una mi felicitación de cumpleaños a la del resto de sus invitados.

—Gracias. Ahora sé quién es usted —la muchacha sonrió—. Está usted bastante más aceptable con ropa limpia y sin barba de varios días. ¿Todavía no ha visto a mi padre?

—Sólo un momento. Me dijo que me quedase por aquí y que hiciese lo que me diese la gana. Y eso es muy peligroso.

—¿Por qué?

—Pues... Porque, por ejemplo, podría pedirle a usted que me enseñase el lugar exacto del jardín donde encontraron a Sam Culber.

—No veo el peligro.

—¿No? Entonces, lléveme allí Culber fue llevado a la funeraria, ¿no es así?

—Sí. ¿De verdad quiere que le lleve al lugar donde fue hallado Culber?

—Si no le molesta...

Jenny sonrió deliciosamente.

—Venga conmigo.

Descendieron el par de escalones. El jardín, situado en la parte trasera de la casa, no era muy grande, pero sí lo suficiente para que cupiesen unos cuantos tilos que parecían determinar el zigzagueante trazado del senderillo.

—Aquí fue.

Estaba muy cerca de la tapia, el lugar señalado por la muchacha. De un ágil salto, Chas se encaramó a aquélla mirando hacia el exterior. Luego se dejó caer junto a la muchacha, satisfecha su curiosidad.

—¿El cadáver estaba bien o mal colocado?

—Mal. Parecía... —La muchacha comprendió—. ¿Lo tiraron por encima de la tapia?

—Eso creo. Me gustaría saber cómo lo sacaron del hotel...

El jardín también olía a flores, con una fragancia fuerte y casi mareante. Chas no se movió cuando Jenny Rank le echó los brazos al cuello. Ni la abrazó. Ni dijo nada.

Se limitó a esperar el siguiente paso de ella.

Haciendo presión en su nuca, Jenny le bajó la cabeza. Luego le besó en los labios apasionadamente, largamente.

Cuando separó sus labios de los del hombre, Jenny, con voz cálida, reprochó:

—¿Tan horrible te parezco que ni siquiera me abrazas, Chas?

Él la miraba fijamente a los ojos, que brillaban bajo la luna.

—¿Por qué has hecho esto, pequeña?

—No lo sé. He estado deseando hacerlo toda la noche, desde que te vi llegar.

—¿Un capricho?

—Es posible. ¿Te molestaría?

Chas ciñó ahora la cintura de la muchacha, apretándola tan violentamente contra sí que ella lanzó un gemido. Gemido que fue ahogado instantáneamente por la boca de Chas.

Fue un beso corto y furioso, y cuando el hombre soltó a la muchacha tan brusca e inesperadamente como la había cogido en sus brazos, ella se tambaleó.

—¡Oh, Chas...!

—No me gusta esto, pequeña. No puedo creer que, simplemente porque te haya gustado, salgas conmigo al jardín para besarme.

—Y que tú me beses —susurró Jenny alzando la boca roja y palpitante.

Chas oyó ruido, y al mirar hacia delante vio una pareja que descendía los escalones con la evidente intención de pasear por el jardín. Sin duda, Jenny como dueña de la casa, había abierto la pauta para hacerlo al salir de ella.

—Alguien viene —advirtió el pistolero—. Y me imagino que no querrás que nos vean besándonos.

Sin contestar, Jenny deshizo su abrazo, colocándose al lado de Chas. Comenzaron a caminar hacia la casa.

—¿Es necesario que lleves ese par de revólveres tan enormes?

—Tu padre me paga para ello. Y no sólo para que los lleve, sino para que los use cuando sea necesario.

—Pero aquí, en casa, no los necesitas.

—Nunca se sabe.

Jenny se las arregló para caminar por otro senderillo del escogido por la pareja que acababa de salir al jardín. Pero parecía que la pareja tenía interés en tropezarse, porque efectuaron una rápida maniobra que hizo el encuentro inevitable.

—Jenny —llamó la otra muchacha—, he estado toda la noche intentando hablar contigo pero sin conseguirlo. Dime: ¿qué sabéis de tu hermano Jim?

Chas notó la tensión que se había apoderado inmediatamente de Jenny.

—Nada —contestó ésta—. ¿Os divertís?

—¡Oh, sí! Es una fiesta preciosa, Jenny.

—Me alegro. Perdonadme, pero...

—No faltaba más. Hasta luego.

La pareja prosiguió su paseo.

Jenny dijo:

—El preguntarme por mi hermano no ha sido más que una excusa para verte bien de cerca, Chas. Seguro que querían que te presentase. Y lo hubiese hecho de no haber iniciado la conversación con un tema desagradable.

—¿Desagradable? Hablaron de tu hermano, ¿no? Por cierto, no sabía que lo tuvieses. Ni tenía por qué estar informado, desde luego. Sin embargo, me ha parecido

que te ha violentado que te preguntasen por él. ¿Me equivoco?

—No.

—¿Qué ocurre con tu hermano? Si es que puedo saberlo...

—Cosas de familia. Se marchó de casa hace tiempo... Ya no se oye música en la casa —cambió Jenny de tema—. ¿Se habrán cansado de bailar?

—No me extrañaría. Sin *whisky* para reponer energías.

Pero la causa no era ésa.

Chas se hizo inmediatamente cargo de la situación cuando, apenas entrar en el salón, vio a los dos hombres junto al ambigú.

Los dos reían jubilosamente, entre bocado y bocado. Chas vio que la ponchera contenía un hermoso ramo de flores de los que momentos antes adornaban el salón. Esto casi le inclinó de parte de los dos hombres, que ya se habían vuelto y lo miraban fijamente ya no reían, pero seguían comiendo como si nunca en su vida lo hubiesen hecho. Varios bocadillos, despreciados, aparecían diseminados por el suelo.

Los cuatro hombres que componían la orquesta, estaban inmóviles sobre el tablero que se les había improvisado. Los invitados a la fiesta se habían retirado hacia las paredes. Ninguno de los hombres iba armado y, además, la mayoría eran muchachos jóvenes que habían visto demasiados pistoleros en Wichita para comprender que aquellos dos hombres, armado cada uno con dos brillantes revólveres, lo eran. De esos pistoleros que matan a quien sea y son capaces de seguir comiendo y riendo.

Uno de los hombres, sin dejar de mirar a Chas, sacó una botella de un bolsillo trasero del pantalón y echó un trago que mezcló con la comida que estaba masticando.

De pronto dejó de masticar; entrecerró los ojos, como pensando si le gustaba o no aquella mezcla y, finalmente, exclamó:

—¡Puag!

Y escupió puercamente la comida amasada con *whisky*.

Chas sonrió, dando un paso hacia delante. Jenny le retuvo por un brazo.

—¡Chas!

Sin perder la sonrisa, él ladeó la cabeza, mirándola a los ojos.

—¿Qué?

—Cuidado —musitó ella.

—Sí.

Siguió caminando hacia los dos hombres.

Eran dos tipos grandes y fuertes, que sólo manejaban la mano izquierda, para comer. La derecha estaba colgando del cinto por el pulgar. Al ver que Chas caminaba hacia ellos se enderezaron un poco, abandonando su descuidada posición de apoyar el codo derecho en la mesa.

Se detuvo a dos metros de ellos. Sonreía casi infantilmente, dulcemente, cariñosamente. Ahora, enfrentado a aquellos dos tipos, aparecía increíblemente

apuesto y juvenil.

—Hola —saludó—. ¿Se divierten?

Uno de ellos encogió un solo hombro.

—Psé.

Chas señaló la ponchera, convertida en improvisado florero.

—No les gusta el ponche, ¿verdad?

Los dos movieron negativamente la cabeza.

—Ni así —dijo uno de ellos.

—A mí tampoco. Eso es jarabe para críos, ¿eh?

—Ajú.

—Ajá.

—Pero en esta fiesta no se bebe *whisky*. Ni ninguna clase de bebidas alcohólicas.

Es una simpática fiesta de cumpleaños de una señorita.

Los dos hombres miraron hacia Jenny.

—Ya lo sabemos.

Chas miró los desperdigados bocadillos que había por el suelo.

—¿Tampoco les gustan los bocadillos?

—Algunos, no.

Chas señaló ahora a los estatuizados músicos.

—¿Tampoco les gusta la música?

—La que tocaban, no.

Chas se rascó la cabeza, con gesto de preocupación.

—¡Caramba! —exclamó—. Me gustaría poder ofrecerles algo que les gustase. Es lamentable que unos invitados queden descontentos.

—Nosotros no somos invitados.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿qué hacen aquí?

—Lo buscamos a usted.

Chas aparentó un perfecto asombro.

—¿A mí? ¡Si ni siquiera saben quién soy, ni cómo me llamo!

Uno de ellos escupió vigorosamente al suelo.

—Basta de charla. Usted es Chas Chandler, ¿no?

—Lo soy.

Los dos hombres cambiaron una rápida mirada de satisfacción.

—Entonces, salga a la calle con nosotros. Tenemos un recado para usted.

—Pueden dármelo aquí.

Los pistoleros lanzaron una risotada.

—Es mejor que salga a la calle. Aquí se armaría un estropicio.

—Tienen razón.

—¿Sale?

—Salgan ustedes. Yo no tardaré ni medio minuto.

—Preferiríamos no tener que volver a entrar aquí; ¿comprende, Chandler?
Chas sonrió cariñosamente.

—Ustedes sólo entrarán ya en un sitio.

—¿Sí? ¿En cuál?

—En su tumba. Salgan.

Riendo, los dos tipos se caminaron perezosamente hacia la salida.

Jenny corrió junto a Chas, cogiéndole de un brazo. No parecía importarle demasiado estar a la vista de sus amistades. Sin embargo, bajó la voz para suplicar:

—No salgas, Chas.

—Imposible. Ya ves cómo incluso en tu casa es necesario ir armado. Si no hubiese llevado los revólveres esos dos hombres me hubiesen matado aquí mismo, ya estaría muerto.

—Pero ahora también...

—Ahora, nada. No te preocupes por mí. Que siga la fiesta.

Mientras se encaminaba a la salida, Chas pensó en lo insólito que resultaba lo sucedido. Joseph Rank le proporciona un empleo de pistolero para defenderlo a él; y el primer peligro que se presenta no es para el juez, sino para él mismo, buscándolo decididamente a él, a Chas Chandler.

¿Por qué?

Los vio enseguida. Estaban juntos, a unos quince metros de la casa del juez, que daba a la calle Mayor. Ellos también le vieron y caminaron hacia él, separándose cada vez más a medida que iban estando más cerca.

¿Por qué querían matarlo a él? Por supuesto, alguien les habría pagado para hacerlo. ¿Quién?

Uno de los pistoleros movió velozmente la mano derecha. Brilló su Colt bajo las luces de los faroles de keroseno de la calle.

Cuando el dedo del hombre comenzaba a presionar el gatillo Chas ya había disparado dos veces.

Su mano se había movido mucho más rápidamente que la del hombre, desenfundando con incontrolable velocidad.

Su enemigo recibió el balazo en la cabeza, siendo echado violentamente hacia atrás. Su disparo se perdió en el aire. Quedó tendido de espaldas en la calle ya con la vista vidriosa.

El otro tuvo tiempo de disparar, con tan mala fortuna para Chas que el plomo dio exactamente en el mismo lugar que uno de los que recibiera por la mañana: en el costado. Esto ensanchó la herida que hasta entonces había carecido de importancia, hasta el punto de que iba sin vendaje alguno.

Chas disparó contra la mano armada del pistolero, destrozándosela. Su revólver saltó por el aire, lejos del hombre. Pero pese a los gritos de dolor que lanzaba, no parecía excesivamente acobardado y, creyendo que el disparo de Chas había sido

casual y que ahora corregiría la puntería para matarle, el pistolero intentó desenfundar el revólver izquierdo, dispuesto a luchar hasta el último momento.

El siguiente disparo de Chas, dirigido ahora contra el hombro del pistolero, se confundió con el de otro revólver de menor calibre.

Y aunque el pistolero recibió el plomo de Chas en el hombro, no pudo continuar con vida porque el proyectil del 38 del otro revólver le entró por un ojo hasta el cerebro.

Pero esto no lo supo Chas hasta que llegó junto al hombre y se inclinó sobre él, con la esperanza de que aún continuase con vida y pudiese decirle quién les pagó para que le mataran... es decir, para que intentaran hacerlo.

Convencido de que los dos pistoleros estaban completa e indiscutiblemente muertos, Chas Chandler miró ahora hacia el lugar desde el que había sido disparado el Colt del 38.

En la puerta de la casa del juez, bajo el porche, acompañado de Jenny, estaba John Cummins, el secretario que aquella mañana conociera la potencia de sus puños.

Chas frunció el ceño. De tantas cosas como no le gustaban en aquel asunto, aquélla era de las que menos le gustaban. ¿Por qué había disparado John Cummins contra un hombre que no entrañaba ningún peligro para Chas Chandler?

Se acercó a la casa y le preguntó:

—¿Por qué ha disparado, Cummins?

El elegante secretario, como al descuido, apuntó ahora su Cok del 38 hacia el pecho de Chas Chandler, que se limitó a mirarlo, sin hacer intención de desenfundar ninguno de los suyos del 45.

Fue Jenny quien respondió por Cummins.

—Yo... yo se lo pedí.

—¿Por qué?

—Estábamos aquí... Me pareció que aquel hombre conseguiría disparar antes que... que usted.

Chas ladeó la cabeza; con los ojos entrecerrados, miró especulativamente a Jenny Rank. No hacía ni diez minutos que lo tuteaba. ¿Por qué no seguía haciéndolo?

—Aquel hombre no hubiese podido conmigo de ninguna de las maneras. Y eso estaba clarísimo para cualquiera —miró a Cummins—. ¿No le parece, Cummins?

—A mí me es indiferente. Yo me limité a cumplir los deseos de la señorita Jenny.

—Sin embargo, ese hombre podía haberme proporcionado una valiosa información... estando vivo. Muerto no sirve de nada a nadie. ¿O quizá para alguien sirve más muerto que vivo?

—Usted sabrá de qué habla, Chandler. En cuanto a mí, repito que todo esto me era y sigue siéndome indiferente.

—Oiga, Cummins: esta mañana, por una tontería usted y yo nos pegamos. Poco después, cuando yo salía del hotel, tres hombres quisieron matarme, después de haber matado al conserje, Tellgon. Su jefe, el juez Rank, me ha contratado como...

vigilante...

—Guardaespaldas —gruñó despectivamente Cummins.

—Bien. Llámelo como quiera. Al fin y al cabo, mi empleo es de los que hoy día abundan en el oeste: sobre todo en ciudades turbulentas como Wichita.

Ahora bien, lo que no es corriente es que en lugar de atentar contra el hombre que ha contratado al... vigilante, se atente contra el propio vigilante que, normalmente, no sabe nada de nada. ¿Encuentra usted absurdo que yo me interese por conocer los motivos que han impulsado en menos de un día a cinco hombres a intentar matarme?

—Eso es de su incumbencia, no de la mía.

—Exacto. Por lo tanto, ¿por qué ha disparado contra ese hombre?

—Si no es usted sordo, tiene que haber oído la explicación de la señorita Jenny.

—Muy bien —Chas miró alternativamente a uno y otra—. Creo que no es procedente alargar más este asunto.

John Cummins dio media vuelta, encaminándose al interior de la casa. Se cruzó con el juez, que salía acompañado de varios de los hombres mayores que habían asistido a la fiesta. Los mismos que, a juicio de Chas, se habían encerrado en el despacho del primero a beber buen *whisky*.

—¿Solucionó el conflicto, Chandler? —preguntó Rank.

—No llegó a tanto. No fue más que una simple pelea en la que desde un principio yo llevaba las de ganar.

—Está usted cumpliendo muchacho. Esos hombres no consiguieron llegar hasta mí.

Chas lo miró burlescamente.

—Ni siquiera lo intentaron. Venían a por mí. Querían matarme a mí.

Joseph Rank abrió la boca en patente gesto de asombro.

—¿A por usted? No lo entiendo. ¿Por qué tenían que venir a por usted?

—Le apuesto cien dólares a que no tardaré más de un día en saberlo.

—Usted quiere arruinarme, muchacho —sonrió el juez—. Van los cien dólares. ¿Qué haces aquí, Jenny?

—Por allí vienen los artistas, papá —esquivó la muchacha—. ¿Crees que su presencia amenizará la fiesta? Se ha estropeado un poco con esto de los tiros.

—Esperemos que lo logren.

Rae Sutters y Bill Shut llegaron junto a ellos pocos segundos después.

Saludaron con conspicua seriedad, aparentando ambos no darse cuenta de la presencia de Chas Chandler.

Cuando ya se dirigían hacia el interior de la casa, Chas alargó un brazo y cogió a Rae por uno de los suyos, cuya cálida morbidez recorrió como reguero de pólvora la epidermis de Chas, partiendo de la mano aprehensora.

Rae se volvió en redondo, sin aspavientos, mirando fríamente a Chas y luego a la mano que la cogía del brazo.

Pero Chas no se inmutó lo más mínimo. Su mano oprimió con más fuerza el

brazo de la preciosa muchacha.

—Hola —dijo el pistolero.

—Suélteme. No haría esto si Bill estuviese aquí.

—Déjalo que se marche. Un hombre que no se da cuenta de que tú te quedas atrás no merece tu consideración.

—Le aseguro que me soltaría si yo tuviese un revólver.

—Es posible, preciosa. Pero lo más probable es que te dijese: «No dispares, preciosa». Igual que esta mañana.

—Las cosas han cambiado desde esta mañana. Hasta es posible que yo no fallase los disparos.

—No me importaría. Y ya que tú misma aseguras que las cosas han cambiado desde esta mañana...

Chas Chandler cogió a Rae por el otro brazo. La atrajo hacia sí, y antes de que la muchacha tuviese tiempo de evitarlo, sus manos resbalaron brazos arriba hasta llegar a los hombros. Entonces, inmovilizándola en el indestructible cerco de sus brazos, Chas Chandler la besó en la boca.

Cuando la separó de sí, antes de que la muchacha hubiese recobrado el aliento, Chas la empujó suavemente hacia el interior de la casa.

—Anda. Tu maniquí debe estar esperándote para hacer el payaso.

Rae logró reaccionar.

—¡Salvaje, sin ver...!

Chas la volvió a besar, más suavemente esta vez.

—No es necesario que me insultes más, preciosa. Ya has conseguido que me enamore de ti. ¿Qué vais a interpretar?

—La... la... Unas escenas de «La cabaña del tío Tom». Bill hará el papel de tío Tom, y...

—Te creo —sonrió Chas—. A ese tipo no hace falta más que pintarlo de negro para que la parezca.

—¡Bill es un artista! —protestó Rae—. Puede interpretar cientos de papeles. No creas que sólo sabe hacer esto. Ha hecho cosas más difíciles...

—De acuerdo, de acuerdo —Chas sonrió—. ¿Ves como no te enfadas mucho porque yo te haya besado, preciosa? Hasta he conseguido que me tutees.

Ras Sutters experimentó una brusca sacudida.

—Le mataré por esto, pistolero.

Chas movió la cabeza en sentido negativo.

—Deja de actuar ya, preciosa. Tú sólo puedes matarme de una manera: a besos. Y hasta en eso me creo capaz de vencerte.

—¡Cínico! Jamás...

Chas hizo un gesto de impaciencia.

—Basta, Rae. No creo que decírtelo sirva de nada, pero lo voy a hacer: Te amo...

—Chas volvió a abrazar a la muchacha y a besarla en la boca, con fuerza,

inconteniblemente, apasionadamente.

Cogiéndola por los hombros la hizo girar, empujándola con suavidad hacia donde era esperada.

Rae Sutters no protestó, no dijo nada. Ni siquiera se dio cuenta de que Jenny Rank había sido testigo de lo ocurrido en el vestíbulo.

Pero Chas Chandler sí vio clavados en él con furiosa fijeza aquellos hermosos ojos azules.

CAPITULO VI

ACUSACIÓN CONTRA EL JUEZ

La cosa parecía ir bien.

Chas sonreía al ver los llorosos ojos de algunos de los presentes, sobre todo las mujeres ya entraditas en años que desde sus sitios de junto a la pared, enarbolaban, con recatado disimulo lleno de hipocresía, sus pequeños pañuelitos con los que se secaban las lágrimas.

Poco después de Rae y Bill Shut, habían llegado a la casa del juez dos de los componentes de la compañía teatral de la que eran figuras principales los dos primeros. Los cuatro parecían bastarse y sobrarse para representar unas escenas plenas de tan dramática sensibilidad, que el juez Rank podía sentirse satisfecho en cuanto al éxito de su idea de contratar a los artistas.

No sin cierta ironía, Chas pensó que aquellas personas que lloraban por las penalidades de los negros, no parecían demasiado afectadas por el hecho de que media hora antes hubiesen muerto dos hombres en la calle.

Todos miraron furiosamente hacia la puerta cuando ésta se abrió bruscamente, enmarcando al *sheriff* Marvin. Le acompañaban dos ayudantes. Los tres, ahora procurando no distraer la atención de los invitados del juez, se dirigieron hacia el despacho de éste, al mismo tiempo que Marvin le hacía una seña.

Con un gesto de disgusto, Joseph Rank se levantó para caminar hacia dónde le esperaban los tres hombres.

Chas vio el papel que el *sheriff* mostraba al juez. Dijo algo que pareció afectar a Rank hasta el punto de que éste dio un paso atrás.

Chas vaciló un poco antes de dirigirse él también al despacho.

Encontró la puerta abierta y entró sin pedir permiso. Rank estaba sentado a su mesa, leyendo un papel. Chas notó inmediatamente la palidez de su rostro.

—Salga —gruñó el *sheriff* dirigiéndose a Chandler—. Nadie le ha llamado.

Joseph Rank levantó la vista.

—Déjelo, Marvin. Quiero que él lea esto.

Poco después, levantándose, tendió la carta a Chas. Éste vio en sus ojos un gesto de pena y de furor a la vez.

—Lea esto, Chandler. Y me apuesto otros cien dólares que ni siquiera usted le

encuentra una solución.

—Veamos.

Era una carta escrita en un trozo de papel cualquiera, a lápiz:

Señor juez Joseph Rank:

Nuestras vidas corren tan grave peligro que volvemos a decirle que no serán las únicas en perderse si usted no hace lo oportuno para salvarnos.

Tal como le advertimos de palabra cuando nos vino a ver a la cárcel, estamos dispuestos a todo si usted no nos ayuda sacándonos de este apuro. No olvide que ni usted ni nadie de Wichita sabe muchas cosas de su hijo Jim, nosotros sí las sabemos. Y nos parece que a usted no le sentaría bien que dijésemos todo cuanto sabemos. Por lo tanto, si el día del juicio somos declarados culpables, su hijo no lo pasará nada bien y usted menos todavía, ya que nosotros declararemos que Jim iba con nosotros en el asalto al banco. Su prestigio no quedará en muy buen lugar, y nosotros, si hemos de morir, nada nos importará nada. En cuanto a su hijo, que es mucho más granuja y bandido que nosotros, sepa que es el lugarteniente de la banda y que tarde o temprano usted, de todas maneras, pagará las consecuencias del mal camino que él ha escogido, igual que nosotros.

En cuanto al pelirrojo barrigón y barbudo que asegura que nos vio y que nos reconoce como los dos hombres que disparamos contra el cajero y aquel otro empleado del banco, le aconsejamos que lo soborne o lo suprima a fin de que no pueda declarar, ya que es verdad que nos vio y podría causarnos un disgusto a «todos» con sus declaraciones.

Usted se las arreglará como quiera para que el día del juicio nos declare inocentes, porque de lo contrario diremos todo lo que sabemos y que sabe usted que es lo suficiente para causarle un serio disgusto.

Por su bien y por el nuestro, esperamos que el fallo del jurado sea de inocencia por falta de pruebas o por lo que sea.

Usted verá cómo se las arregla.

T. Harris y W. Andrews.

Chas levantó la vista del papel y miró al juez.

—Esto es tanto como dar pie para que se le acuse de la muerte de Sam Culber. Es una carta ingenua, mal redactada, pero lo suficiente explícita. ¿Qué hay de cierto en ella?

—Nada que yo pueda asegurar. En primer lugar, yo no hable de nada de lo que indica la carta con esos hombres. En segundo, aunque sea cierto que mi hijo actúa con esa banda, yo no puedo saberlo. Y, naturalmente, yo no he matado a Sam Culber.

—Su cadáver apareció aquí, en su casa —recordó el *sheriff*.

—En el jardín —rectificó calmosamente Chas—. Y según mis informes, su cuerpo estaba en postura tal que muy bien podía haber sido arrojado por encima de la

tapia.

—¿Arrojado por encima de la tapia? ¡Absurdo!

Además, alguien hubiese visto lo que ocurría y hubiese corrido a comunicármelo.

—¿Por qué tenía que verlo nadie? No me diga que la una del mediodía es la más apropiada para que la gente pasee por una calle secundaria a la que únicamente dan las traseras de la calle Mayor y algunos establos.

—Pone usted mucho calor en la defensa del juez, forastero.

—¿Acaso usted cree en su culpabilidad? Además, yo estoy completamente convencido de que no fue él.

—¿Por qué?

Chas encogió los hombros.

—Cosas —esquivó Chas—. Y queda un punto muy importante por aclarar, *sheriff*: ¿dónde fue hallada la carta?

—En el cadáver de Sam Culber.

—¿Y viene usted a comunicarlo diez horas después?

—No lo ha entendido. La carta ha sido hallada no hace ni media hora.

—¿Ha ido usted a la funeraria a registrar el cadáver? —No la he encontrado yo. Ha sido Perkins. Y me la ha traído enseguida.

—¿Quién es Perkins?

—El dueño de la funeraria —intervino Rank—. Es costumbre suya, antes de dar un cadáver para ser enterrado, registrarlo bien, metódicamente, a fin de no dejarle nada que pueda ser útil a los vivos.

—Confortador oficio. ¿Dónde está la funeraria?

—Usted no puede salir de aquí, forastero.

Chas sonrió.

—¿De veras? —Un revólver apareció y desapareció de su mano, tan rápidamente que pareció una ilusión óptica. Los cuatro hombres que había en el despacho del juez no sabían ya qué creer al ver que los dos Colt seguían en las fundas de su propietario—. ¿Por qué? ¿Acaso me acusan a mí de algo?

Chas vio claramente en los ojos de los dos ayudantes del *sheriff* su deseo de que éste no acusase de nada a tan velocísimo pistolero.

—No, ciertamente. Pero usted hará lo posible por favorecer al juez.

Chas lo miró con dureza.

—¿Usted no?

Joseph Rank rió agriamente.

—A Marvin le encantaría tener un superior menos exigente que yo en las cuestiones legales y de eficiencia en su empleo. ¿No es cierto, Marvin?

El *sheriff* enrojeció.

—No tiene derecho a hablarme así. He demostrado siempre poner de mi parte todo lo posible a fin de que las cosas fuesen bien en Wichita.

—En Wichita y en su casa, *sheriff*... Es decir, en sus dos casas. Las cosas así es

difícil ocultarlas incluso en Wichita.

Marvin enrojeció aún más.

—¿Qué quiere decir?

Chas rió casi insultantemente.

—Incluso yo, que no estaba enterado de la cuestión, lo he entendido perfectamente. Y vea usted las sonrisas de conejo de sus ayudantes. Feo comportamiento el suyo para con su esposa, *sheriff*.

Naturalmente, para tener una... compañía fuera de la casa, hace falta dinero. ¿Quizás el señor juez le ha impedido ganarlo en las cantidades necesarias?

Toda la sangre del *sheriff* parecía haberse concentrado en la cabeza.

—Oiga, pistolero de segunda clase...

La mano derecha de Chas se movió más velozmente todavía que antes. El revólver quedó incrustado en la discreta curva del estómago del *sheriff*.

—Observe usted, *sheriff*, que nada en mí es de segunda clase. Y le diré una cosa: estoy tan seguro de que el juez no ha matado a Sam Culber como de que muy bien hubiese podido ser usted.

—¿Yo? ¿Está loco?

—¿Loco, eh? Supongamos que usted se entera de que Sam Culber tiene una carta de esta índole. ¿Por qué no matarlo para apoderarse de ella y someter al juez a un chantaje que le obligaría a ser cómplice suyo en todas cuantas marrullerías se le ocurriesen, amparado en su calidad de representante de la Ley?

—Es usted muy listo. ¿Me cree tan imbécil que me arriesgue a matar a Culber, traerlo aquí, tirarlo por encima de la tapia... y no quitarle el papel que tan útil me sería, según usted?

—Si el señor juez no se lo quitó también a usted podría pasársele por alto ese detalle, ¿no le parece? Si él hubiese matado a Culber, ¿cree que no le hubiese quitado el papel, la estúpida carta que, forzosamente, tiene que ser falsa?

—¡Caramba! —exclamó el *sheriff*, algo más calmado y un mucho desconcertado.

Joseph Rank rió jubilosamente, mirando al asombrado Marvin sin ninguna simpatía. Luego, dirigiéndose a Chas, comentó:

—Su dialéctica es asombrosa, muchacho. Diga: ¿qué era usted antes de ser pistolero?

—Pues... —Chas sonrió—. Todo esto nos conduce a una conclusión que hemos de suponer acertada: quien mató a Culber «quería» que se le encontrase encima esa carta. Por eso no se la quitó...

—Siga, Chandler —apremió el juez—. ¿Qué iba a decir?

—Iba a decir que incluso es posible que Sam Culber no llevase esa carta en sus bolsillos, sino hasta después de muerto. Alguien se la puso allí después de matarlo. Y su intención está bien clara: hacer recaer las sospechas sobre el señor juez.

—¿Por qué? Todo el mundo sabe que Culber era amigo mío.

—¿Qué importa? ¿Van los cien dólares?

—Van, Chandler. ¿Qué piensa hacer?

—En primer lugar haremos una visita al tal Perkins, el de la funeraria. Luego... quizá convendría asegurarse de sí, efectivamente, esta carta fue escrita por los dos bandidos que hay en la cárcel.

—Eso ya lo hice yo —intervino el *sheriff*—. Aseguran que sí, y que todo lo que pone en ella es cierto.

—Bien; haremos una visita al amigo Perkins.

—Usted no, Chandler —quiso prohibir Rank—. No hace ni media hora que le vendaron la herida...

—Aguantaré —cortó Chas—. No se preocupe.

CAPITULO VII

DISPAROS EN «EL RESPONSO»

Salieron del despacho justamente cuando la impaciencia de Bill Shut y de la hermosa Rae tocaba a su fin. Ambos estaban esperando para despedirse de él.

—¡Cómo! ¿No van a interpretar nada más?

Bill Shut frunció el ceño, mirando hoscamente al juez.

—Tendrá que disculparnos. Es ya un poco tarde y además de encontrarme un poco indispuerto...

—Debe de ser el ponche —se rió Chas— que se le ha subido a la cabeza.

Rae le fulminó con la mirada, pero Shut prosiguió, imperturbable:

—... Mañana por la mañana queremos ensayar Nuestro tío de América con toda la compañía. Queremos dejar buen recuerdo en Wichita —miró a su alrededor, haciendo percatarse al juez de la ausencia de buena parte de los invitados— ya que no lo hemos conseguido en esta casa.

Rank se dirigió a su hija:

—¿Qué ha ocurrido, Jenny? ¿Por qué faltan tantos invitados?

—Aprovecharon la más pequeña oportunidad para marcharse. Parece ser que hoy no estaban a gusto en casa, papá. Primero, aquellos dos pistoleros, y después el *sheriff*. Hasta creo que una de las cosas que no les ha gustado ha sido la presencia del señor Chandler.

—No me extraña —se burló Shut con satisfacción.

—No es lo que usted piensa. Lo que no les gustaba de la presencia de un pistolero era que demostraba claramente que mi padre creía que lo iba a necesitar, que podría haber disparos. Y habiendo salido bien librados de unos, no han querido arriesgarse a otros.

—Comprendo —dijo el juez—. Y los que quedan, no se han marchado seguramente por ver satisfecha su curiosidad. Lamento que tu fiesta haya acabado así, Jenny.

—No te preocupes, papá. Hay cosas que duelen más —miró fijamente a Chas—, mucho más...

Durante un par de segundos, Chas se sintió el blanco de las miradas de los que estaban allí reunidos, enfrente de la puerta del despacho del juez.

Carraspeó y comenzó a mirar si sus botas eran las mismas que llevaba puestas medio minuto antes.

Cuando decidió levantar la vista, no pudo evitar dirigirla hacia Rae. En los ojos de la muchacha vio desprecio y, también, una luz de comprensión respecto a lo que las palabras de Jenny parecían dar a entender.

Joseph Rank había fruncido el ceño, pero decidió dar por no comenzada la cuestión que, como Rae, él también creía comprender.

Tendió la mano a Rae, y luego a Bill Shut.

—Bien, lamento que las circunstancias hayan impedido que mis invitados aplaudan su arte como merece. Mañana les enviaré al hotel la cantidad que convinimos. Quizás otro día...

—Sí, quizás otro día —replicó ásperamente Bill Shut—. ¿Nos vamos, Rae?

—Es lo mejor —asintió ésta.

Chas sonrió, sin preocuparse por otra mirada de altivo desprecio que le dirigió la muchacha. Tiempo habría de arreglarlo todo.

El juez se disculpó ante los invitados que todavía permanecían en su casa por tener que abandonar ésta. Cortésmente, aquéllos agradecieron la «simpática velada» que les había proporcionado; y diez minutos más tarde no quedaba ninguno.

—¡Eh, Chandler!

Primero oyó la voz. Luego vio la luz.

En realidad, no había perdido el conocimiento. Tan sólo había quedado transido por el dolor lacerante del costado. Y ésta fue su tercera sensación: el dolor.

—Vamos, muchacho. ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién ha matado a Perkins?

¿Perkins?

Chas se incorporó totalmente, ayudado por el juez Rank.

—¿Ha muerto Perkins? —preguntó Chas con voz insegura.

—Degollado. Un trabajo limpio, Chandler.

¿Limpio? Sí, ciertamente. Aquel endemoniado hombre del cuchillo. Le había golpeado tan certeramente.

—¿Qué ha ocurrido? —insistía Joseph Rank.

—Pude haber cogido o matado al hombre que mató a Perkins. Luchamos. Es un hombre fuerte y logró escapar.

—¿Más fuerte que usted?

—¿Por qué no puede serlo? Sin embargo, la suerte es la que ha decidido la pelea.

Mientras hablaba, Chas se había acercado al lugar donde estaba el cadáver de Perkins, con cuyos pies había tropezado minutos antes.

Solamente llevaba puestas las botas y los pantalones. La sangre había formado un charco grande y horrible debajo de su cuello casi totalmente cercenado.

En ese momento entraron el *sheriff* Marvin y sus dos ayudantes.

—Ni rastro de nadie. Escapó por esta puerta trasera, desde luego, ya que desde que comenzamos a oír los disparos hasta que llegamos aquí, nadie salió por esa

puerta. Lo aseguran cuantos se detuvieron ante la casa al oír dos disparos.

Chas la señaló:

—¿Adónde da esa puerta?

—A la trasera. Allí sólo hay herramientas y madera.

Detrás, saltando la tapia, hay una callejuela.

—Ya —Chas miró a todos lados—. ¿No ha venido Cummins con ustedes?

—¿Para qué? —Pareció extrañarse el *sheriff*.

—¿Dónde está?

—Supongo que con Jenny. Se ofreció a quedarse con ella hasta mi regreso.

—¿Estaban los dos con ustedes cuando comenzaron los tiros?

—Pues... sí, creo que sí...

—No, señor —contradijo Marvin—. Nosotros entramos en su despacho porque usted quería coger un arma.

Ellos se fueron al saloncito de recibo que hay entrando en la casa a mano...

—Se dónde está cada cosa de mi casa, Marvin —gruñó Rank—. ¿Qué está tratando de dar a entender, Chandler?

Éste se encogió de hombros.

—Nada que usted no haya interpretado ya.

—¿Sugiere que John tiene algo que ver en todo esto? Son ya tres crímenes, Chandler. En su conjunto, teniendo en cuenta la carta que Perkins ha puesto a disposición del *sheriff*, van encaminados a culparme a mí. O así lo parecía. ¿Tenemos que sospechar ahora de mi secretario?

—¿Por qué no? Si se ha llegado a sospechar de usted, ¿por qué no sospechar de su secretario?

—Ésa es una pregunta tan sensata que no encuentro argumento que oponer a ella, Chandler. Vayamos inmediatamente a mi casa y aprovecharemos la ocasión para vendarle nuevamente esa herida.

La exclamación de uno de los comisarios de Marvin atrajo sobre él la atención de todos.

—¿Qué ocurre, Joyce? —preguntó el *sheriff*.

El interpelado había saltado bruscamente la tapa de uno de los ataúdes, que había levantada.

—¡Caray, que creí que estaba vacío!

—Bien —refunfuñó el *sheriff*—, pero no creo que haya para asustarse por un cadáver.

—Desde luego. Es que... Bueno, me sorprendió encontrarme tan inesperadamente con la cara de Sam Culber.

Chas se adelantó rápidamente. En efecto, Sam Culber esperaba allí el momento de ser trasladado al cementerio.

Tardó en contestar. Y sus palabras sorprendieron a todos:

—¿Por qué traería hasta aquí a Perkins su asesino?

—¿Qué dice?

Chas miró fijamente a Joseph Rank.

—Me preguntaba —repitió— que por qué el hombre que ha degollado a Perkins ha tenido que traerlo hasta aquí para hacerlo.

—¿Pretende darle... mejor dicho encontrarle un significado a lo que seguramente no es más que una casualidad?

—¿Casualidad? —Chandler encogió los hombros—. Sí, es posible. Pero... Bueno, creo que lo mejor, es ir a echarle una ojeada al amigo Cummins.

—Yo me quedo —dijo el juez—. Creo que no estará de más llevar a cabo un registro. Marsh y Joyce irán con ustedes.

—De acuerdo.

CAPITULO VIII

LA MUERTE ESTÁ EN TODAS PARTES

La muchacha levantó la cabeza al oírlos entrar. Estaba llorando.

—¡Jenny! —exclamó Rank—. ¿Qué te ocurre, hija mía?

Había corrido junto a ella, arrodillándose junto al sillón en el que estaba sentada ella.

—Nada, papá... Nada.

—Pero hija...

La voz de Chas sonó dura, sin que hubiese en su tono la menor preocupación por las lágrimas de Jenny:

—¿Dónde está Cummins?

—No lo sé...

Las miradas de Chas y del juez se encontraron. Luego, Rank habló cariñosamente a su hija.

—Sí, lo sabes, Jenny. Y tiene que decírnoslo, hija mía. John no puede estar más tiempo en libertad.

La muchacha se sobresaltó.

—¿Por qué? ¿Por qué no puede estar más tiempo en libertad?

—Porque... —Rank vaciló, y nuevamente su mirada se encontró con la de Chas.

Éste acabó por él:

—Porque John Cummins es un asesino.

—¡No!

La muchacha se había puesto en pie bruscamente. Su padre la imitó, y le pasó un brazo por los hombros.

—Sí, hija. Nuestras conclusiones nos han llevado a sospechar de él. Y te aseguro que daría algo porque estuviésemos equivocados.

—Yo le quiero, papá. John no puede ser un... un asesino.

Chas frunció el ceño. ¿Jenny quería a Cummins? Entonces, ¿por qué todo aquel peligroso juego del jardín con él? ¿Qué se proponía aquella muchacha?

—Díganos donde está —apremió Chas—. Nadie mejor que él para que nos diga la verdad. Eso la tranquilizaría a usted y a todos nosotros... En el supuesto de que la verdad demostrase que él no es el asesino. Vamos, Jenny, díganos cuándo salió de

aquí y a dónde se dirigió.

—Salió poco después que usted, mientras mi padre y el *sheriff* con sus ayudantes entraban en el despacho.

Chas aspiró profundamente.

—Si salió poco después que yo, tuvo tiempo de adelantarme corriendo y llegar antes al «Responso».

Perkins estaba recién muerto...

—¡No! —volvió a negar enérgicamente Jenny—. John no salió para matar a nadie. Salió... Bueno...

La mirada que la muchacha dirigió a los ayudantes del *sheriff* hizo comprender a Rank.

Se dirigió a éstos:

—Ha sido lamentable —dijo Rank—. Pero ya se les dará a todos, la explicación pertinente. Chandler, ¿sigue decidido a acompañarnos?

—Por supuesto. Es más: yo me adelantaré a ustedes.

No me entrañaría que Perkins estuviese vigilando. O, si él tiene algo que ver en esto, estará en guardia. La presencia del *sheriff* no me parece conveniente... de momento.

—Estoy con usted —admitió Rank rápidamente—. Saldremos detrás de usted dentro de cinco minutos.

—Mejor diez.

—Sean diez. Dentro de diez minutos, en la funeraria.

Chas se dispuso a salir de la casa. Antes de hacerlo aún tuvo tiempo de ver a Jenny y a Cummins que, habiéndose apartado de los demás, parecían sostener una conversación un tanto tensa.

Lo último que vio Chas Chandler antes de abandonar la casa, fue la rencorosa mirada de Cummins, fija en él.

La funeraria tenía un aspecto bastante descuidado. Un gran letrero, iluminado más que aceptablemente por las luces de la calle Mayor, ya preparada para los festejos del 4 de julio, daba una idea clarísima de las actividades de aquel local:

THE RESPONSORY

El Responso. Buen nombre.

Subió a la acera de tablas, encaminándose a la puerta. Llamó con los nudillos, con fuerza. Perkins, o bien estaba emborrachándose por ahí o bien estaría durmiendo. En el primer caso, la fuerza de los golpes no le molestaría. En el segundo lo despertaría. No sucedió ni una cosa ni otra.

La puerta cedió hacia dentro, suavemente. Chas se quedó con el puño en alto extrañado. Miró a ambos lados de la calle, como si allí pudiese hallar la respuesta a tan insólito descuido de Perkins.

¿Insólito? Al fin y al cabo, era poco probable que alguien se dedicase a entrar en la funeraria y robar unos cuantos cadáveres...

Su primera vacilación desapareció rápidamente.

Entró en el local. Desde la calle, algunas luces contorneaban un buen número de ataúdes primorosamente colocados en fila sobre largos bancos.

En el interior no había ni una sola luz, ni un solo vestigio de claridad. Pero la de la calle era suficiente para iluminar la puertecilla del fondo, lugar que sin duda estaría destinado a vivienda de Perkins.

Caminó hacia allí, con un extraño presentimiento.

Cuando pasaba junto a uno de los bancos de su izquierda tropezó con algo que había en el suelo, estando a punto de perder el equilibrio. Se inclinó y sus manos tantearon el objeto...

Ni siquiera empleó un segundo en el reconocimiento. Sus manos se inmovilizaron sobre aquel cuerpo humano, todavía caliente, con el que había tropezado.

Se dijo que era absurdo esperar que hubiese el más pequeño soplo de vida en aquel hombre cuya identidad estaba seguro de saber. Claro que él no conocía a Perkins, pero..., Bueno, ¿qué otro podía ser?

La parte superior del cuerpo estaba detrás del banco. Chas estuvo tentado de arrastrar el muerto hacia fuera, hacia la luz. Pero desistió, ya que ello entrañaba la atención de cualquier posible transeúnte que pasase ante El Responso.

Decidió encender una cerilla, allí mismo, protegido por el banco lleno de ataúdes.

Justamente cuando la estaba rascando con la uña del pulgar oyó el jadeo, la respiración violenta de una bocanada de aire que dio en su rostro.

Cuando la cerilla comenzaba a lanzar el acre humo sulfuroso de la combustión, un cuerpo pesado chocó de lleno contra Chas Chandler, empujándolo violentamente hacia atrás hasta el pasillo formado por los varios bancos de ataúdes.

La brevísima luz de la cerilla, apagada en el encontronazo, había destellado sobre la hoja de un cuchillo, que Chas sabía buscaría su cuerpo con ahínco asesinar.

La sombra, que también había perdido el equilibrio, se recuperó antes que Chas. Éste comprendió que era estúpido por su parte arriesgarse a morir, teniendo al alcance de su mano la solución de aquella pelea llevada innoblemente desde un principio por el hombre que le atacaba.

Disparó con el Colt derecho, al bulto, con seguridad.

Oyó un quejido ahogado, pero comprendió que su atacante conservaba sin merma alguna todas sus fuerzas.

El segundo disparo todavía lo efectuó más desorientado, de tal forma que, apenas disparado, comprendió su error. El hombre estaba tan cerca de él, que ni siquiera pudo mover el brazo para disparar.

Se apartó con el tiempo justo para que el acero se clavara con sordo chasquido en una de las patas del banco. Quienquiera que fuese su atacante tenía una fuerza digna de respeto, y manejaba el cuchillo con no poca soltura.

Ello le hizo recordar a Chas las muertes de Sam Culber y Tellgon. Los dos habían muerto apuñalados.

¿Sería ésta la misma mano que había acabado con sus vidas?

Oyó el gruñido de su antagonista ante el contratiempo que le significaba haber fallado el golpe, clavando el cuchillo en la madera.

Chas creyó que podía intentar coger vivo al hombre. Su mano izquierda se cerró sobre la muñeca, mientras la derecha, armada todavía con el Colt, descendía velozmente, dispuesto a golpear con fuerza bastante para, incluso, romper el hueso.

Pero aquel hombre pareció adivinar lo que ocurría en la oscuridad, porque dejó el cuchillo clavado y retiró la mano, pese al esfuerzo en contra que intentaba realizar Chas.

Consecuencia desagradable para Chas fue que, como un segundo antes su enemigo, él también falló el golpe. El cañón de su Colt no golpeó la muñeca contraria sino que dio contra el suelo con tal violencia que el arma saltó de la mano de Chas, dejándosela dolorida y haciéndole lanzar una exclamación de dolor cuando el guardamontes pareció desollar el dedo índice, todavía curvada sobre el gatillo.

No se atrevió a soltar la mano izquierda de su antagonista para desenfundar el revólver izquierdo. En cambio, la derecha, aunque dolorida, la lanzó hacia delante, hacia donde calculaba estaba el rostro del hombre.

Sólo consiguió golpear en un hombro.

Y la réplica fue tan rápida y dolorosa que Chas se sintió desfallecer.

Su enemigo había golpeado exactamente en el costado herido, vendado menos de una hora antes.

Chas notó el intenso calor en el costado y la alucinante sensación de frío en el rostro, todo a la vez.

Ni se dio cuenta de que soltaba la mano que tan firmemente había tenido asida hasta entonces.

Un nuevo golpe en el mismo sitio hizo que todo comenzase a girar a su alrededor: un extraordinario mundo de sombras y pinceladas de lívida luz iniciaron su circular recorrido.

Como una última manifestación de su instinto de conservación, Chas lanzó su mano izquierda hacia el Colt de aquel lado. Consiguió desenfundarles y disparar. No sabía hacia dónde, pero disparó.

Supo que no había hecho blanco porque su contrario le empujó brutalmente hacia atrás y pasó por encima de él. Chas ni siquiera prestó atención al hecho de que el hombre no corriese hacia la puerta de la calle y sí, en cambio, hacia el interior del «El Responso».

Durante un par de segundos vio su silueta, fugacísimamente recortada contra una puerta que se abrió.

Disparó una vez más...

—Joyce, Marsh, ¿les molestaría esperar fuera unos minutos? Los dos nombres,

sin replicar, salieron del saloncito.

—Veamos, hija. Cuéntanos ahora para qué ha salido John de la casa, dejándote sola, después de haberse ofrecido voluntariamente para estar contigo durante mi ausencia.

—Pero diga la verdad —intercaló Chas— y, sobre todo, sea clara.

—John salió para ir a hablar con esa artista, Rae Sutters...

Los ojos del juez se abrieron por al asombro. En cambio Chas palideció.

—¿Cómo dice?

—John nos vio o se enteró no sé cómo de que usted y yo nos besamos en el jardín, Chandler, y...

—¡Jenny!

—Cálmate, papá. Ahora lo comprenderás todo. Yo sabía que esta mañana John colmó de atenciones a la Sutters, hasta el punto de que llegué a tener celos de esa mujer...

—¿Porqué la llama «esa mujer»? —refunfuñó Chas—. Se llama Rae.

—Llegué a tener celos de Rae y decidí que yo también podía darle celos a John con otro hombre.

—¿Y me escogió a mí?

—¿Por qué no? Era el más apuesto. Yo deseaba y temía que John se enterase de lo del jardín. Se enteró, y me hizo comprender que mis celos me habían llevado tan lejos que cabía suponer que verdaderamente estaba enamorada de usted, Chandler.

—¿Era eso lo que discutían cuando yo salía de la casa? Su amado John me dirigió una mirada verdaderamente furiosa.

—Eso era, exactamente. Para convencerlo le dije que yo había visto a usted y a... Rae besándose. Al mismo tiempo estudié su reacción al enterarse de que usted había besado a la mujer que él había colmado de atenciones por la mañana. Ni me hizo caso. A él sólo le preocupaba lo concerniente a mí.

Eso me puso tan contenta que le dije que si quería convencerse de que usted y yo no teníamos nada que ver el uno con el otro, podría ir a preguntárselo a Rae. En cuanto a mí, mi comportamiento sólo ha estado destinado a conseguir esto: tener la seguridad de que John sólo me quiere a mí.

—Yo diría —increpó duramente Chas— que su comportamiento sólo ha estado destinado a demostrarnos a todos que usted está loca, muchacha.

—¡Oiga...!

—Yo no quería...

—Bien, dejémoslo. Ahora.

Un poco ahogados llegaron hasta allí los estampidos de algunos disparos.

Casi inmediatamente, la puerta se abrió y Marsh asomó la cabeza.

—¡He oído disparos frente a la cárcel...!

—¿Enfrente de la cárcel? —se extrañó Chas. Y de pronto lo comprendió—. ¡Corran los dos hacia allí!

Les alcanzaré enseguida.

Pero los dos comisarios ya habían salido de la casa dispuestos a averiguar lo que ocurría.

La gente, ya no tanta como horas antes, pues los que aún seguían en pie preferían el interior de un saloon, se hallaba por las aceras, mirando hacia la oficina-cárcel donde tenía instalado el *sheriff* su despacho.

Cuando Chas salió a la calle tras haber recargado sus revólveres, y no muy seguro sobre sus piernas pues la herida sangraba bastante y comenzaba a dolerle en serio, vio a Joyce y Marsh corriendo hacia el lugar donde habían sonado los disparos, menos de cien metros calle abajo.

Sin saber por qué lo hacía miró hacia la funeraria «El Responso». Vio luces en el interior. Seguramente, el *sheriff* Marvin abandonaría inmediatamente el rutinario registro que estaba llevando a cabo, al oír los disparos.

Convencido de ello, Chas corrió como pudo hacia la oficina-cárcel, prestando su atención nuevamente a aquel lugar de la calle. Lo hizo en el momento justo en que dos hombres se despegaban de la pared y disparaban contra los dos comisarios.

Joyce se detuvo bruscamente. De su mano derecha se escapó el revólver que ya llevaba empuñado. Cayó de rodillas al suelo, como quebrado. Luego, parecía que lentamente, lo hizo hacia delante, estrellándose su cara contra el polvo.

Marsh había gritado. También tenía apoyada una rodilla en el suelo, pero su postura no tenía el trágico significativo de la de su compañero Joyce.

Estaba disparando. Sus plomos reventaron una de las ventanas de la oficina-cárcel, sin acertar a ninguno de los dos hombres que ahora disparaban contra él.

Desde la distancia de cincuenta metros que todavía le quedaban por recorrer, Chas vio cómo Marsh se levantaba como si hubiesen tirado de él hacia arriba. Vio volar su sombrero y caer un par de metros lejos de él.

Y cuando Marsh caía hacia atrás, Chas ya sabía que estaba muerto.

Los dos hombres descendieron a la calzada, dirigiéndose afanosamente hacia los caballos que había en el atamulas del saloon de enfrente.

Treinta metros.

Desde esa distancia, Chas disparó.

Uno de los dos hombres giró sobre sí mismo, velozmente, impulsado por la velocidad a que corría. Cesó en sus giros al caer al suelo, desde donde pudo disparar todavía una sola vez contra Chas Chandler.

El plomo se perdió, ¿quién sabía dónde?, inofensivo.

El otro hombre se había tirado al suelo por su propio impulso, al mismo tiempo que disparaba contra el nuevo adversario que les hacía frente.

Chas notó el suave golpecito en el muslo derecho.

Sabía lo que aquello significaba: una herida limpia que no interesaba huesos.

Creyó que podía seguir corriendo, pero le falló la pierna herida y perdió el equilibrio, entrando en duro contacto en la empolvada calle Mayor de Wichita.

Estuvo a punto de reír.

Y pensar que había creído que en Wichita cambiaría su suerte.

Su incipiente amargura se convirtió en furor al ver al hombre que la había herido rodar hacia los caballos.

Sus intenciones estaban clarísimas, y Chas comprendió que si aquel hombre conseguía apoderarse de un caballo ya no sería posible cogerle. ¿Quién iba a hacerlo? ¿Quién podía tener interés en cogerlo?

El *sheriff* ¡Claro! Pero... ¿dónde estaba?

Chas conseguía ponerse de rodillas al mismo tiempo que el hombre que le había herido ponía el pie en el estribo de uno de aquellos caballos. Se impulsó hacia arriba, ansiosamente.

Chas vio su espalda frente a él durante una brevísima fracción de tiempo.

Y disparó.

¡Al diablo la caballerosidad y todas esas estupideces! Aquel hombre era un asesino...

Siguiendo el mismo impulso que lo llevaba hasta la silla, el hombre prosiguió en movimiento, trazando una inesperada trayectoria que le hizo caer por el otro lado del caballo. ¡Chas!, oyó el seco golpetazo de la caída.

Luego, nada.

Todavía de rodillas, con el humeante Colt en su mano derecha, Chas esperó... ¿Qué esperaba?

Fueron diez segundos plenos de tensa expectación.

Detrás de él oyó la jadeante voz del juez Rank:

—No... no pude llegar antes, muchacho. ¿Quiénes son?

—Eran. Ayúdeme. Me han herido en una pierna.

Apoyando la mano izquierda en el hombro del juez, Chas caminó hacia los dos hombres muertos. Se convenció de ello y, luego, miró hacia la cárcel.

—Vayamos allí. Me temo que nos espera otro desagradable espectáculo.

—¿Por qué?

—Ya lo verá. ¿Cree que estos dos hombres hubiesen podido escapar sin una ayuda exterior?

En efecto.

Tendido en el suelo, detrás de la mesa, estaba Wood, uno de los tres comisarios de Marvin según explicación de Rank. El último de sus tres comisarios.

—¿Y él?

—¿Marvin?

—Claro.

—Se quedó haciendo un registro en El Responso, ¿no?

—Desde luego. Pero si no está sordo... o muerto ha tenido que oír los disparos. ¿Por qué no viene?

—¿Sospecha de él, Chandler?

—No. No ha sido él. Fíjese en ese pobre hombre. Ha sido acuchillado. Como los demás. Esto es obra de nuestro misterioso asesino. Ya van cuatro víctimas, señor juez: Tellgon, Culber, Perkins y ¿ha dicho que se llama Wood?

—Sí. Harold Wood, creo.

—Bien. Tendremos que ir en busca del *sheriff*. Daría algo por saber quién y cuándo va a ser la próxima víctima. Y, sobre todo porqué.

Rae Sutters se incorporó de la cama. Había oído un ruido en la puerta de entrada al vestíbulo.

Alguien, desde el pasillo al cual daban las habitaciones de lujo, estaba llamando, quedamente.

Rae saltó de la cama y se puso una bata de fina seda que se amoldó, cubriéndolo a la vez, sus hasta entonces poco velados encantos.

Salió de su habitación dormitorio, encaminándose a la puerta en la que se estaba repitiendo la llamada.

—¿Quién es?

—John Cummins, señorita Sutters.

—¿Cummins? ¿El secretario del juez Rank?

—Eso es. Abra, por favor.

—Éstas no son horas...

—Se lo ruego. Es muy importante para mí hablar cuanto antes con usted. Le aseguro que seré lo más breve posible.

Rae se separó de la puerta y la miró súbitamente.

¿Qué podía querer a aquellas horas el secretario del juez?

—Un momento —pidió con tono resignado.

Con un extraño presentimiento, se dirigió al extremo de su habitación, donde había un enorme baúl. Lo abrió y de él sacó un viejo Colt 45 que siempre llevaba consigo cada vez que, al finalizar la temporada de teatro en el Este, la compañía se decidía a penetrar en el Oeste.

Nunca había usado el revólver aquel, pero sabía que funcionaba. Y al fin y al cabo, para pegar unos tiros, sólo hace falta apretar el gatillo. Bueno, primero hay que subir el percutor...

Rae Sutters abrió la puerta, inesperadamente, en el mismo momento en que John Cummins, lanzando una exclamación de asombro, movía velozmente su mano derecha en busca del Colt del 38 que llevaba en el sobaco izquierdo.

Con un grito de miedo, Rae retrocedió un paso, levantó su revólver y disparó contra el pecho de John Cummins, que ni siquiera la miraba y cuyo Colt del 38 rebotó en el piso de tablas.

El asombro creció en la mirada de John Cummins.

Dio un paso hacia atrás.

Rae vio la mancha de sangre que comenzaba a formarse con sobrecogedora rapidez en el pecho del secretario.

Éste, que parecía haber estado en pie una eternidad, cayó por fin, de espaldas, tras doblárselas las piernas.

Rae había cerrado la puerta de nuevo, asustada, horrorizada ante la muerte que comenzaba a pesar en su conciencia. Había matado a un hombre.

—¡Dios mío!

El viejo Colt del 45, cuya mortífera efectividad acababa de ponerse de manifiesto, se escapó lentamente de su mano.

Sin poder contener su miedo y su horror por la escena que acababa de tener ante sus ojos, Rae los cerró y, sollozando, se apoyó en la pared con los brazos, hundiendo la cabeza en éstos.

Pero no podía evitar ver a John Cummins con un revólver en su mano y, después de disparar ella, la gran mancha roja que se iba extendiendo por su pecho, empapando la chaqueta tras atravesar rápidamente la camisa.

Cuando comenzó a oír las voces y ruidos de pies, no sabía el tiempo que estaba allí, el tiempo que hacía que había sucedido «aquello».

¿Un segundo?

¿Una hora?

¿Un mes, un año, un día, un...?

CAPITULO IX

¿ES QUE NO EXISTE EL ASESINO?

Citas Chandler y el juez Rank salieron de la oficina-cárcel, dispuestos a encontrar rápidamente al *sheriff* Marvin. Ambos comenzaban ya a temer que éste también hubiese caído víctima del implacable cuchillo del asesino, que parecía, incluso, no ser un ente vivo, existente.

Ni siquiera habíanse preocupado de cubrir el cuerpo del desdichado Wood, ni de nada que no fuese la localización de un asesino que iba descargando, uno tras otro, certeros golpes.

—Pero para todo esto, Chandler, tiene forzosamente que existir motivo. Un motivo lógico, sensato.

Chas rió acremente.

—¿Existe sensatez en los asesinatos?

Tras unos segundos de silencio, Rank dijo, con seguridad:

—Mucha. No diré que exista sensatez en los homicidios, o en los duelos, o en las peleas callejeras o de *saloon*, tan frecuentes estas últimas en una ciudad como Wichita. Pero sí aseguro que tiene que existir sensatez en un asesinato... en unos asesinatos ejecutados tan fríamente.

—Si lo que quiere decir es que todos ellos obedecen a determinado fin preconcebido, estoy de acuerdo con usted. Y aún le diré más...

Chas se detuvo, pensativo, mientras ambos hombres continuaban caminando hacia El Responso.

Joseph Rank casi exigió:

—Diga lo que sea, Chandler.

—No se moleste conmigo.

—Por supuesto. Usted me ha demostrado que es un hombre cuya habilidad con el cerebro puede superar a la habilidad con las armas. Le escucho atentamente, Chandler.

Chas suspiró.

—Muy bien. Entonces, le diré que la mayor parte de las cosas que están ocurriendo tienen su origen en usted.

Rank respingó, sorprendido.

—¿En mí? ¿Por qué parece estar tan seguro?

—Por la carta.

—¿La carta de esos hombres que ya han muerto?

—Exacto. Esos hombres que usted tenía que juzgar pasado mañana han sido puestos en libertad siguiendo siempre un plan perfectamente estudiado. Incluso me atrevería a asegurar que el hombre que los ayudó a escapar, esperaba que serían muertos antes de salir de Wichita.

—¿Porqué?

—Porque ya habían escrito la carta. Todo, desde el principio hasta el momento presente, lleva una orientación acusadora contra usted. El asesino de Sam Culber, cuyo cadáver apareció en su casa, el de Tellgon, que quizá sabía algo más que los que continuamos con vida, el de Perkins, que fue quien llevó la carta al *sheriff* Marvin...

—¿Está hablando en serio, muchacho?

—Por supuesto. Supongamos que lo que dice la carta es verdad. En ese caso, el hombre que ha organizado todo esto, una vez cerciorado de que la carta sigue el curso previsto por él, lógicamente, ha tenido que desembarazarse de unos cómplices circunstanciales que, más adelante, sólo le originarían disgustos. Naturalmente, lo que permite asegurar que esta carta es falsa. Sería absurdo.

—Usted no acaba de decir lo que piensa, Chandler. Dígalo de una vez... o cállese.

—Tiene razón. Mi opinión, bien meditada, es que alguien, quien sea y por los motivos que sean, está haciendo lo posible por desprestigiarlo, por colocarlo en una situación desagradable. En suma: por arruinarlo.

—¿Quién? ¿Por qué?

Chas miró de forma extraña a Joseph Rank.

—¿Cómo puedo saberlo yo? Me imagino que si alguien puede tener una idea más o menos concreta respecto a esto, ese alguien debe ser usted. Resentimientos, envidias, venganzas, ¿quién sabe? ¿Le molesta que me apoye en usted?

—De ninguna manera, muchacho. Creo que usted está haciendo por mí mucho más que yo por usted.

Chas rió burlescamente.

—Me gustaría que dijese eso mismo a la hora de liquidar nuestro contrato. ¿Lo recordará?

—Lo procuraré —rió también el juez—. ¿No es Marvin aquél?

—Eso me había parecido. Parece que viene un poco excitado.

Ciertamente. Marvin venía no sólo excitado, sino eufórico.

—¡Vean, vean! —Mostró un fajo de billetes—. ¡Cinco mil dólares!

—Hermosa cantidad, *sheriff* —convino Chas—. Pero es de suponer que su excitación se deberá más a su significado que a su cuantía. ¿Me equivoco?

—Desde luego que no. Adivinen dónde estaban.

La voz de Chas tuvo expresión de franco aburrimiento.

—¿En El Responso?

Marvin rió con burlona saña.

—¿Se cree muy listo? Naturalmente que estaban en El Responso. Pero no donde era lógico hallar una cantidad semejante. No pude abrir la caja fuerte de Perkins, pero, de todos modos, hallé esto.

—Bien. Diga dónde y deje de esforzarse en parecer inteligente, *sheriff*. ¿Dónde estaban esos cinco mil dólares?

Marvin aguardó unos teatrales segundos de silencio antes de decir:

—En el ataúd de Sam Culber.

—¿Eeeeeh?

—¿Cómo?

Marvin rió, feliz, ahora.

—Lo que han oído. Sin embargo, y para ser totalmente sincero, debo aclarar que la idea me la proporcionó nuestro amigo Chandler. Usted, muchacho, hizo bien al extrañarse de que el cadáver de Perkins estuviese «precisamente» cerca del de Sam Culber. Mientras registraba infructuosamente su despacho pensé en ello. Me dije que sus palabras no tenían por qué ser un disparate.

—Gracias.

—No se burle. Y también me dije que el asesino no tenía ninguna necesidad de llevar a Perkins junto al ataúd que ocupaba Sam Culber, para luego cortarle el cuello. Porque fue un buen corte de cuello, ¿verdad?

—Prescinda de detalles tétricos, Marvin —reprochó el juez—, y demuéstrenos, con los hechos que nos interesen, todo lo listísimo que es usted.

—Bueno —refunfuñó el *sheriff*—, todos tenemos derecho de cuando en cuando a demostrar que también funcionan las partes grises de nuestro cerebro, ¿no?

—Abrevie. ¿Sabe que Marsh, Joyce y Wood han muerto?

—¡No!

—Sí. Los dos primeros en una pelea con los dos presos, a los que alguien ayudó a escapar. Wood fue acuchillado, ¿imagina por quién?

Marvin había perdido el color. Por fin, con voz triste dijo:

—Los tres eran buenos chicos. Valientes, dóciles. Recuerdo que una vez...

—Oiga, Marvin...

—Ya. Quizás otro día les cuente nuestras aventuras.

Muertos, ¿eh?

—Muertos. Diga lo de los cinco mil dólares.

—¿Qué más quieren que les diga? —El *sheriff* parecía haber perdido el humor—. Estaban allí, debajo del cuerpo de Culber.

Y eso es todo.

¿Todo? Antes parecía que nos iba a soltar un discurso de los buenos.

—¡Bah!

—Comprendo su mal estado de ánimo, Marvin. Tener tres empleados y perderlos de golpe, inesperadamente, no ha de ser agradable.

—¿Empleados? —La mirada de Marvin contenía reproche—. Ustedes no entienden nada de nada. ¿Han tenido amigos alguna vez?

—Yo sí —dijo Chas.

—¿Y no le dolió perderlos?

—Me dolió. Pero no tanto como para que el dolor me impidiese vengarles. Eso fue en Harbourh, Oklahoma. Hubo quien no quedó satisfecho por el cariño que yo demostré hacia mi amigo. Porque yo sólo tenía un amigo, ¿saben?

—No creo que eso nos importe —gruñó Marvin.

—¿Quién sabe? —rió Chas—. ¿Quién sabe? Quizá llegue algún día uno de los *sheriffs* de Oklahoma, buscándome.

—No diga tonterías, Chandler —intervino el juez—. Las leyes no lo permiten. Además, yo le defendería a usted contra viento y marea.

—Muy agradecido. ¿Por qué haría eso?

—Pues... bueno, usted puede haberme resultado simpático, ¿no?

—Claro. Todo es posible. ¿Saben qué opino de esos cinco mil dólares?

—No; no lo sabemos. Dígalo.

—Pues que es la cantidad que Perkins cobró por decir que había encontrado la carta en alguno de los bolsillos de Sam Culber.

—No está mal.

—¿Les importa que me vaya? —preguntó Marvin—. Tengo que ocuparme de los muchachos.

—Hágalo, Marvin —autorizó Rank—. Y avísenos si en algo podemos serle útiles. A nosotros no nos queda nada por hacer.

Marvin se alejó rápidamente camino de su oficina.

Chandler contradijo a Rank.

—No sé si ha mentado deliberadamente, señor juez. Pero a nosotros sí nos queda algo que hacer.

—¿Y es...?

—¿Se ha olvidado de su secretario? Todavía no podemos estar seguros de que no sea él el asesino. Aunque a decir verdad, y dadas las extraordinarias circunstancias de todo cuanto está ocurriendo, cabe hacerse una pregunta un poco inusitada: ¿existe realmente un asesino?

—No me diga que habla en serio.

—Pues lo digo bien en serio. Y mi siguiente pregunta le hará comprender a usted el sentido, el significado exacto de mis palabras. Escúchela bien, señor juez: ¿por qué tiene que haber solamente «un» asesino?

Joseph Rank casi desencajó sus mandíbulas en el exagerado gesto de asombro con que abrió su boca. Pero antes de que pudiese abrir la boca, un hombre se detuvo ante ellos, jadeando. Iba bien vestido, pulcro y tan pálido que Chas no se extrañó en lo más mínimo cuando el hombre dijo:

Soy el gerente del Texas Hotel. Ocupo el sitio del desdichado Tellgon. Señor juez,

¿puede usted ir al hotel mientras yo voy en busca del *sheriff*? Usted es el más indicado para poner orden allí en lo que está ocurriendo.

—Muy bien. Pero diga, ¿qué ha ocurrido?

—La actriz «Star» Rae Sutters ha matado a su secretario Al de usted, por supuesto, no al de ella.

—Pero...

Chas tiró de la manga del juez.

—¡Vamos allí! —Casi gritó—. La cosa toca a su fin. ¿No queríamos saber quién y cuándo sería la próxima víctima? ¡Pues ya lo sabemos! Sólo que me temo que Rae ha roto esta odiosa cadena de crímenes. ¡Vamos, vamos, ayúdeme! Usted lárguese a buscar al *sheriff*, si quiere. Aunque le advierto que no es necesario ya...

Pero el sustituto de Tellgon corría ya hacia la oficina de Marvin.

Chas Chandler, siempre apoyado en un hombro del juez Rank, apretó el paso cuanto pudo hasta llegar al Texas Hotel.

Había bastante gente en el vestíbulo. Y también, aunque no tanta, arriba, frente a la habitación de Rae Sutters.

Chas vio la puerta cerrada. Y Rae no estaba por ningún sitio. Una desgarradora congoja casi paralizó su corazón.

Junto al caído y palidísimo John Cummins estaba Shut, muy elegantemente en su preciosa bata de seda forrada y con evidentes señales de haber sido despertado bruscamente. A su lado, pero sin tocar a Cummins, había varias personas más a las que Chas no conocía.

Prescindiendo de todos ellos, Chas llamó, desesperanzado, a la puerta de la habitación que parecía corresponder a Rae.

—¡Rae! ¡Rae! Abre, soy Chas... ¡RAE!

Cuando la puerta se abrió y la muchacha apareció en el umbral, un nuevo mundo lleno de color, alegría y esperanza nació para Chas Chandler.

—¡Rae!

Ella se echó en sus brazos, sin decir palabra. Se abrazaba a él convulsivamente, con tanta confianza que Chas comprendió que ella, en un solo día, le amaba tanto como él a ella, ¿imposible? ¿Por qué?

Le pasó la mano por los cabellos desordenados, sueltos.

—Cálmate, preciosa. Ahora está aquí tu pistolero. Tu sucio pistolero.

Cojeando, Chas la empujó dentro de sus aposentos.

La abrazó con fuerza, cariñosamente, y la besó en la boca. Ella vibró, agradecida y apasionada a la vez, al influjo de aquel beso, que la llenaba de consuelo y de amor.

Chas la separó de sí.

—No te preocupes de nada. Olvida lo que pueda estar sucediendo ahí afuera, preciosa. Pero dime con toda la exactitud posible lo que ha ocurrido. ¿Podrás?

—Sí, mi vida.

Chas Chandler sonrió. ¿Quién había dicho que la fortuna no le sonreiría en

Wichita?

—Dilo otra vez.

—Mi vida.

Chas notaba una extraña suavidad en todo el cuerpo cuando volvió a besar los rojos labios de la muchacha que, bajo los suyos, dejaron de temblar.

—¿Puedes contarme exactamente lo ocurrido?

—Sí, mi vida. Si me vuelves a besar...

Chas salió de la habitación de Rae pocos segundos antes de que Jenny, a la cual había mandado avisar su padre, llegase corriendo, con el rostro lleno de lágrimas, angustiado.

Un médico, también llamado rápidamente por el juez, estaba dando a éste las últimas instrucciones, mientras cuatro personas a las que Chas no prestó atención transportaban cuidadosamente el cuerpo de John Cummins a la habitación desocupada más cercana.

Naturalmente, todo aquello demostraba que Cummins vivía.

Absteniéndose de intervenir en lo que, más que a nadie, parecía interesar y concernir a los Rank, Chas hizo una seña al doctor que había atendido a Cummins, señalándole su pierna.

Entraron en la habitación de Rae.

Chas preguntó:

—¿Se salvará?

—Casi seguro —contestó el médico—. Ha sido un disparo con suerte.

—Según cómo se mire —opinó Chas—. Yo preferiría morir de un balazo en el pecho que ahorcado.

—Yo también, desde luego. Pero ¿por qué eso?

—Ya lo sabrá. ¿Qué dice de mis heridas, doctor?

—¿A esto llama usted heridas? En diez minutos, mientras me preparan lo pedido para hacerle la cura al secretario del juez, lo dejo a usted como nuevo. Pero procure, una vez vendado, no moverse demasiado.

—De acuerdo.

El doctor miró a la silenciosa Rae.

—¿Por qué disparó contra Cummins, señorita?

—Ni siquiera ella lo sabe —cortó Chandler—. Hágame un favor, doctor: dígame al juez Rank que le espero aquí; que venga en cuanto le sea posible.

—Muy bien.

Pocos minutos después el médico salía del aposento de Rae, dejando a Chas Chandler perfectamente vendado y en condiciones de caminar, siquiera fuese lentamente y con prudencia. La herida del costado, aunque más dolorosa, no le impedía en absoluto moverse. Del rasguño que recibiera por la mañana en el cuello, Chas ni siquiera se preocupó de mencionarlo.

Media hora más tarde, Joseph Rank se sentaba, abatido, ante Chas y Rae.

—Lo siento por Jenny —dijo—. Lo quería... Los dos parecían quererse de verdad. ¿Intentó John disparar contra usted, señorita Sutters?

—Debemos suponerlo —asintió Chas—. Lo extraño es que si quería desembarazarse de ella podía haberlo hecho con el cuchillo, como ha ido haciendo hasta ahora... ¿Desea algo?

La pregunta había sido hecha a Bill Shut, que había aparecido en la puerta inesperadamente.

—¿Puedo ayudarte en algo, Rae? —preguntó a la muchacha, tras mirar despectivamente a Chandler—. Si necesitas el consuelo de mi compañía...

Chas lanzó una burlona carcajada.

—Deje ya de actuar, Shut. Váyase a dormir y déjenos en paz. Rae no necesita en absoluto sus empalagosas amabilidades. ¿No es cierto, preciosa?

La muchacha se adelantó hacia el actor.

—Te agradezco tu ofrecimiento, Bill. Pero es mejor que descanses. ¿Te encuentras mejor?

—No te preocupes por mí, Rae. ¿De veras no me necesitas?

—De veras, Bill. Gracias.

Shut se marchó y Chas no pudo evitar un acre comentario:

—¡Menudo mamarracho!

Lo dijo con voz lo suficientemente alta para que Shut lo oyese. Pero éste era sordo o era un mamarracho, porque se metió en su habitación.

—Sin embargo —prosiguió Chas, como si no hubiese mediado la breve interrupción de Bill Shut—, más extrañeza me causa que Cummins quisiera matar a Rae. Sí, eso me extraña más que el hecho de que esta vez decidiera emplear el revólver. ¿Tú tienes idea de los motivos que podía tener Cummins para matarte, preciosa? Quizás hayas visto u oído algo que él podía considerar peligroso...

—Me temo que tendremos que esperar a que esté en condiciones de explicárnoslo él mismo —medió Rank—. Y créame, Chandler, que tengo ganas de saber el porqué de todo esto.

Chas sonrió enigmáticamente.

—Quizá no sea necesario esperar a que Cummins pueda hablar.

—¿Qué quiere decir?

—Luego se lo diré. ¿Va a quedarse su hija toda la noche con Cummins, supongo?

—Ésas son sus intenciones.

—¡Magnífico!

CAPITULO X

MÁS PLOMO CALIENTE

El juez Rank enarcó las cejas.

—¿Magnífico?

—Eso he dicho: magnífico.

—De acuerdo, diantres. Diga por qué.

—Porque... —Chas sonrió—. Porque lo es. Vámonos de aquí. Los dos. Sí, salgamos a la calle.

Rank se encogió de hombros. ¿Por qué no? ¿Por qué pensar que aquel muchacho era muy extraño? ¿Acaso no había tenido más de una ocasión de comprobar su eficacia, su valor, su...?

—Salgamos a la calle —se resignó.

En el vestíbulo del hotel había gente comentando lo sucedido, haciendo cábalas sobre lo que había ocurrido.

Y la calle, a aquellas horas parecía haber cobrado animación, bullicio.

Wichita.

Juego...

Pasiones...

Pistoleros...

¡Wichita!

Chas Chandler y el juez se detuvieron en el porche durante unos segundos.

—Bien: ya estamos en la calle, Chandler. Diga lo que sea...

Rank vio la tensión que se había apoderado del joven pistolero. Parecía envarado, petrificado.

Le tocó un brazo.

—Chandler.

Chas se volvió a medias hacia él.

—Diga.

—¿Qué le ocurre?

El joven sonrió.

—¿Éste es el Estado de Kansas, sí o no?

—¡Claro que lo es!

—Supongamos... —Acentuó su sonrisa y calló durante unos segundos—. Supongamos que vienen a prender a un hombre huido de otro estado. Del de Oklahoma, por ejemplo. ¿Es eso legal?

—De ninguna manera.

—Bueno, ya lo sabía. Pero quería asegurarme. ¿Ve usted aquellos cuatro hombres?

—Desde luego.

—Uno de ellos se llama Samuel Hurst. Es el *sheriff* de Harbourh, Oklahoma. Los otros tres supongo que deben de ser comisarios suyos. Los cuatro, ellos solitos, se han atrevido a atravesar la línea fronteriza para prenderme o matarme.

—No pueden hacerlo —ratificó Rank.

—Ya, ya.

Chas se pasó la mano por el mentón.

—¿Qué puede sucederme si mato a uno de ellos... o a los cuatro?

Rank carraspeó.

—Depende. En Kansas, usted tiene derecho a defenderse. Además, si mi vista no me engaña, no llevan ninguna placa que acredite su condición de servidores de la ley.

—Una ley muy relativa, juez. Me persiguen a mí porque maté a tres hombres que habían matado al único amigo que he tenido. En cambio, estoy seguro de que si aquéllos no hubiesen muerto no se les hubiese molestado mucho. Ni mucho ni poco. Permítame...

—¡Eh! ¿A dónde va, Chandler?

Éste movió una mano en el aire.

—Volveré enseguida... supongo.

—¡Dios mío!

Descendió a la calzada.

Y quedó allí, en el centro, delante del camino de los cuatro jinetes que, pese a la hora, parecían recién llegados a Wichita.

Uno de los cuatro dijo algo, señalando hacia la izquierda. Los otros tres miraron hacia allí y asintieron. Desviaron los caballos y, deteniéndose frente al hotel señalado, desmontaron.

Chas Chandler compuso una mueca de decepción. Pero inmediatamente reaccionó, adelantándose hacia los recién llegados a Wichita.

Y dijo:

—Bienvenidos al paraíso de los huidos.

Los cuatro hombres se volvieron a la vez, casi con desgana. Pero ésta desapareció en el acto cuando uno de ellos exclamó:

—¡Chas Chandler!

Y cinco manos volaron hacia las armas.

La sonrisa de Chas se transformó en una dura expresión. Aunque ya se había temido la reacción de los cuatro hombres, no la deseaba. Hubiese preferido arreglar

las cosas de otra manera...

Pero ya su revólver vomitaba plomo caliente. Más plomo caliente. Era aquél un día de abundancia en plomo caliente.

Procuró no matar. No supo por qué, pero lo hizo. Su primer plomo dio en el hombro derecho de Samuel Hurst, haciéndole girar sobre sí mismo y lanzándolo contra uno de los caballos, que, todavía sueltos, se alejaron por la calzada.

El segundo plomo dio de refilón en la frente de uno de los tres hombres que acompañaban al *sheriff* de Harbourh. El hombre lanzó un gemido y cayó hacia adelante, quedando inmóvil.

Mientras se echaba hacia un lado, hacia la acera de tablas, buscando protección, Chas pensó que los servidores de la ley deberían estar escogidos entre gente que hubiese demostrado su peligrosidad revólver en mano.

Aquellos hombres eran unos angelitos...

¡No! No lo eran.

Uno de sus proyectiles le rozó la cara, rebotó contra el suelo y se alejó, vibrando, hacia el cielo. Otro un poco menos certero, se clavó en los tablones de la acera.

¿Es que querían obligarle a que los matase?

Disparó otra vez, más los dos contrarios que quedaban en pie también habían buscado protección, y la bala zumbó horizontalmente calle arriba, sin encontrar ningún obstáculo.

Cesaron los disparos.

Chas estaba de mal humor. ¿Por qué había querido alargar la cuestión? ¿No era estúpido exponer su vida sólo para conservar las de aquellos hombres que tiraban a matar? ¿No hubiese sido mejor matarlos de una vez y liquidar el asunto?

Eran cuatro granujas que sólo buscaban una recompensa en metálico. Y Chas sonrió al pensar que el plomo era también algo metálico.

Se hizo el firme propósito de conservar sus vidas... si ello era posible. Todo el mundo tenía derecho a una oportunidad de mejorar. Él la había tenido allí, en Wichita.

¿Por qué no concedérselo a aquellos hombres?

Un nuevo plomo que le llenó la cara de tierra, le aclaró el porqué. Tiraban a matar, ¿eh? Pues bien...

Dos disparos llegaron, muy apagados, hasta él. Dos disparos que no habían sido hechos era la calle, sino...

—¡Dios mío!

¡Rae! Miró hacia donde había dejado al juez Rank. No lo vio en la puerta del hotel. ¡Naturalmente! ¿Por qué tenía que haberse quedado allí, expuesto a cualquier plomo perdido? ¿Era eso?

Con el temor de que fuese tarde para repararlo, Chas comprendió su error al dejar sola a Rae. ¿Cómo podía habersele ocurrido semejante insensatez?

¿Por qué dudaba tanto, por qué vacilaba tanto? ¿Es que no estaba seguro de que

aquellos dos disparos apagados habían sonado en el interior del hotel?

Dos plomos más de los hombres venidos en su busca desde Oklahoma, le hicieron encogerse, esquivándolos.

—Tengo que ir junto a ella —se dijo Chas, angustiado—. Tengo que hacerlo sea como fuere...

En una inverosímil postura a la que le obligaba su refugio, Chas recargó su revólver, frenéticamente.

Luego, sin vacilaciones, sin pensar en lo que le podía ocurrir, asomó la cabeza, precedida de la mano armada y comenzó a disparar con toda la rapidez que le permitió su pulgar y su índice.

Se reservó un plomo.

Y entonces, de un salto, se puso en pie y corrió en zigzag hacia la puerta abierta del hotel. Varios plomos rebotaron junto a sus pies. Pero Chas Chandler hizo caso omiso de ellos. Corría hacia donde sólo esperaba encontrar un cadáver...

Sin saber cómo, se encontró rodando por el suelo. Conservó la lucidez suficiente para seguir la inercia de su movimiento hasta quedar tumbado cara arriba.

¿Le habían herido? Seguramente Pero... ¿dónde?

Vio a los dos hombres que se acercaban. Iban despacio con los Colt todavía empuñados y apuntados hacia él. Desconfiaban.

De repente, con una helada sensación de derrota, de desesperanza de abatimiento, Chas recordó que sólo había reservado una bala en el tambor de su revólver. Y no podía poner ahora otro cartucho.

Si se movía, si hacía un solo movimiento, aquellos dos hombres ya no estarían en la duda de si había muerto o continuaba con vida...

¿Quizás ése había sido su destino desde un principio? ¿O quizás había algún sabio designio que quería evitar que él viese el ensangrentado cuerpo de Rae...?

—Quizás ella no haya muerto...

Pero tampoco ese pensamiento le consoló demasiado, ya que si no era así sería ella la que sufriría al verlo a él ensangrentado.

¿Por qué no intentar recargar el revólver? Sólo un cartucho...

Se movió. Los hombres estaban ya tan cerca que era imposible que no se diesen cuenta de lo que intentaba.

—¡Cuidado, Burton! —gritó uno de ellos—. ¿Se está moviendo?

Lleno de rabia, Chas disparó contra él su último plomo, esta vez a matar. ¿Le había servido de algo no hacerlo así desde el primer momento?

Aunque por otro lado, ¿por qué no... se había escondido al ver a Hurst y a los tres comisarios? ¿Quizá por el convencimiento de que tarde o temprano tendría que enfrentarse a ellos?

El arma brincó en su mano. El hombre que había chillado se detuvo en seco, como sorprendido por algo que lo estatuizaba. Ni gritó, ni se movió más, ni intentó disparar...

Chas oyó un disparo detrás suyo, y el llamado Burton sí gritó al recibir el plomo en el estómago. De pronto, toda la escena había cambiado. Él estaba vivo, y sus dos últimos antagonistas parecían estar en apurada situación.

Tan apurada, que el que había tragado su último plomo cayó por fin, con una rigidez extraña y, a la vez, reveladora. El llamado Burton también dejó de gritar para caer hacia delante, todavía con las manos en el estómago.

Entonces, Chas se volvió.

Y quedó asombrado.

Allí estaba Joseph Rank, con un Colt en su mano derecha y una expresión como de estupor en su agradable semblante.

Parecía recién vuelto en sí cuando, dejando caer el revólver al suelo, descendió el par de escalones y se dirigió hacia Chas.

—¿Le... le han herido, Chandler?

—No lo sé. Creo que sí, pero no sé dónde. ¡Rae! Oiga, juez...

—Cálmese. No le ha pasado nada... milagrosamente.

Chas, que se había puesto en pie intentando correr hacia las habitaciones de Rae, vaciló y estuvo a punto de rodar nuevamente por el suelo. Y vio dónde le habían «herido» uno de los plomos había destrozado el tacón de su bota de montar derecha.

—¿Dice que no le pasado nada? —preguntó recuperando el equilibrio—. ¿No me engaña?

Rank sonrió.

—No le ha pasado nada... grave. ¡Eh, Chandler, espere, hombre!

Pero Chas no le hizo caso. Con rápidas zancadas estaba ya subiendo las escaleras.

Se precipitó tempestuosamente en la habitación de la mujer que amaba.

—¡Rae!

Se abrió el grupo de gente, cediéndole el paso. Pero no fue necesario que él caminase mucho, ya que la muchacha se destacó corriendo hasta cobijarse en sus brazos.

—Han querido matarme, Chas, han querido...

—Cálmate. Cálmate, preciosa. Estás bien, ¿verdad? Ya no te dejaré más sola. Y te aseguro que ese maldito asesino no pasará del día de mañana.

—Chas, no te vayas. No... no podría...

Él sonrió.

—Estaré muy cerca de ti.

Frunció el ceño al ver la gente que había en la habitación. Allí estaban Jenny, Shut y varias personas más a las que no conocía. Había una muchacha delgadita y de pelo muy rubio que se había acercado a la ventana, y que de pronto, tras abrirla, lanzó una exclamación de sorpresa.

Chas, con Rae abrazada a su cintura, se acercó allí. Un cristal de la ventana había desaparecido de su moldura, y los trozos crujieron bajo las botas de Chandler. O bien había sido roto antes de disparar, o había sido roto por los mismos disparos.

Pero lo asombroso estaba fuera, en la fachada que daba al descuidado jardín trasero del Texas Hotel. Lo asombroso, era el delgado tronco cuyo extremo afilado llegaba casi a la ventana; el extremo grueso debía, lógicamente, estar apoyado en el suelo.

Uno de los troncos que, más tarde, cortados, se convertían en leña. ¿Y por él había trepado un hombre? ¿Qué clase de hombre? Sólo podía ser un atleta.

Chas recordó la pelea sostenida cuerpo a cuerpo en la funeraria, con aquel escurridizo y vigoroso enemigo.

Dejó de mirar por la ventana. Se dirigía a todos cuando dijo:

—Márchense. Gracias a todos.

Jenny no dijo nada, apresurándose a volver al lado de Cummins; el actor Shut le dirigió una hosca mirada que sólo sirvió para hacer sonreír a Chas. Los demás se limitaron a despedirse tras ofrecerse amablemente. El único que no lo hizo esta vez fue Bill Shut, que continuaba mirando a Chas con el ceño fruncido.

Pero éste casi le dio con la puerta en las narices. Luego se volvió hacia Rae que, por fin, se había separado de él. Más nuevamente se le abrazó.

—Chas, oí disparos por la calle. Fue al ir hacia la puerta para ver si tú estabas en peligro cuando me dispararon desde la ventana.

—No tenías por qué preocuparte por mí, preciosa. Desde luego, era yo. Y estuve en gran peligro. Gracias al juez Rank... ¡Un momento! ¿Dónde está el juez?

Llamaron a la puerta.

Chas la abrió. Allí estaba Joseph Rank.

—Muchacho, he... Oiga, está muy pálido.

Rae, siempre demasiado cerca de Chas, no había reparado en ello. Ahora lo hizo, pero él contuvo su alarma con un ademán.

—No es nada. La pierna herida. He corrido, he saltado... Ni siquiera me explico cómo he podido hacerlo. ¿Quiere hacerme un favor, señor juez?

—Desde luego.

—Serán dos —sonrió Chas—: vaya a buscar de nuevo al doctor. Y luego, márchese a descansar.

—Pero...

—Buenas noches, señor juez.

Joseph Rank se rascó la barbilla, mirando a uno y a otro. Sin decir palabra, se encogió de hombros y se dispuso a salir de la habitación. Fue entonces cuando Chas dijo:

—Gracias, señor juez.

—¿De qué?

—De no haber sido por usted, uno de aquellos dos hombres me hubiese matado. Usted disparó bien... y oportunamente. Gracias.

—El revólver no era mío. Lo cogí de la funda de uno de los que estaban en el vestíbulo del hotel. Ni yo mismo sabía que disparase tan bien.

—Pues lo hizo.

—Dejemos eso, muchacho. Lo que yo quisiera saber es...

Chas sonrió.

—También quisiera decirle... Bueno, bueno, hasta mañana.

CAPITULO XI

ASESINO FRACASADO

Comenzaba a amanecer. Ya hacía unas horas que era el día 4 de julio.

Jenny miró hacia la puerta, tranquilizándose al ver a su padre, que la saludó con un susurro.

La mecha del quinqué, encendido desde horas antes, estaba consumida, de tal manera que la estancia se hallaba en semipenumbra.

Rank se acercó lentamente al lecho en el que Cummins, fuera de peligro según afirmación categórica del médico, respiraba débilmente todavía.

Pero cuando estaba sólo a un metro de Jenny y el herido, la voz de Chas Chandler le hizo detenerse.

—¿Qué le trae por aquí, señor juez? Creí que estaría confortablemente dormido en su casa.

—Lo intenté —susurró Rank—. Pero no podía pegar un ojo.

Chas acabó de entrar en la habitación, cerrando la puerta tras él. Señaló el tresillo situado en un ángulo de la estancia.

—Sentémonos. Yo tampoco he podido conciliar el sueño. Pero he estado pensando mucho. Casi me duele la cabeza. Pero...

Cojeando levemente, Chas llegó junto a uno de los dos sillones y se dejó caer en él con satisfacción.

—¡Diablos, se está bien aquí...!

—Sssh.

Chas miró a Jenny.

—Es cierto. Estoy hablando demasiado fuerte, ¿verdad? Siéntese, señor juez; voy a contarle todo cuanto he pensado. ¿Un cigarrillo?

Rank movió negativamente la cabeza.

—¿No fuma? Bien, lo haré yo. ¿Qué diría usted si le demostrase que John Cummins, el hombre que hubiese sido su yerno, no es un asesino?

Las manos de Rank se crisparon en los brazos del sillón. Y no pudo evitar que su voz dejase de ser un susurro al preguntar:

—¿Qué dice?

—Hable en voz baja, señor juez —sonrió Chas—, so pena de que su hija nos eche

de aquí. ¡Y se está tan bien, diablos...!

—Explíquese, muchacho. Me tiene sobre ascuas.

—Lo supongo. Se lo voy a explicar. Pero tiene que prometerme no actuar antes de hora ni lanzar ninguna exclamación que revele a su hija lo que vamos a hablar. No le interesa... de momento.

—De acuerdo, muchacho, de acuerdo. Suéltelo ya.

—Muy bien. Nuestro temible asesino no es precisamente John Cummins, sino...

Joseph Rank abrió la boca, asombrado. Fue a decir algo, pero permaneció silencioso.

Chas lanzó una fina columnita de humo al techo.

—... sino Bill Shut. ¿Le sorprende?

—Pero...

—Claro que le sorprende. Escuche bien: toda la criminal actuación de Bill Shut, desde que llegó premeditadamente a Wichita, ya con un plan a medias trazado, ha estado encaminando a destrozarlo a usted y a todo cuanto era querido por usted.

—Pero... pero... ¿Porqué?

—Los motivos los sabremos más tarde. De momento voy a explicarle, de la manera más clara que me sea posible, lo que ha ocurrido. Veamos. Bill Shut llega a Wichita con su compañía teatral. No llegan aquí por casualidad, sino porque él ha hecho todo lo posible por conseguirlo. Inmediatamente se pone a estudiar la actual vida del juez Joseph Rank y las circunstancias actuales que la definen. Dos cosas de las que logra enterarse le dan base para su plan: el hijo del juez, que se marchó de casa tiempo atrás y el asalto al banco. El asalto no ha dado resultado, sino que dos de los componentes de la banda que lo intentó han sido capturados y esperan que pase el día 4 de julio para ser juzgados. Muy bien. Todo perfecto.

—¿Qué tiene que ver mi hijo...?

—Déjeme continuar. Sam Culber casualmente en el banco durante el atraco, asegura más tarde, al ver a los dos prisioneros, que, efectivamente, formaban parte de la banda. Y no sólo eso, sino que asegura que son los que mataron a las dos víctimas del suceso.

»Ya hay un testigo. Shut se dice que ha llegado la hora de actuar. Sólo hay que escribir una carta de tal manera que parezca escrita por los dos salteadores prisioneros y en la que se acuse al hijo de usted de haber tomado parte en el asalto, consiguiendo huir. ¿Por qué no puede ser? Valiéndose de cualquier medio, Shut se pone en contacto con aquellos dos bandidos y quedan de acuerdo.

»Sólo queda, pues, matar a Sam Culber y dejarle aquella carta en un bolsillo de tal manera que parezca que ha conseguido apoderarse de ella después de habérsela enviado a usted los dos bandidos.

»Culber tiene la carta. Es un hombre honrado. Declarará la verdad en todo: que su hijo, según la carta, tomó parte en el asalto. Esto sería creído por muchos, pues su hijo goza de fama de bala perdida; a nadie le extrañaría demasiado que hubiese

tomado el mal camino. Para usted sería desastroso que se probase esta acusación. Sería el adiós a su cargo, a su posición, a sus amistades, a la felicidad, a todo cuanto ha sido su vida hasta ahora. ¡Un juez con un hijo salteador de bancos! ¿Se lo imagina? Es casi grotesco, ¿no? Digamos, incongruente.

—Yo diría monstruoso.

—Como quiera. Shut mata a Culber. Y yo, un desarrapado pistolero trotamundos, perseguido por un *sheriff* de Oklahoma, llego a Wichita. Tras una serie de incidencias que no vienen a cuento, pero que me permiten conocer a Rae, consigo una habitación en el hotel. La doce. Es la única desocupada y adyacente a la diez, de Sam Culber. Y allí, en la doce, en la mía, está muerto Sam Culber. Pero... ¿cómo es eso posible si no hace ni dos minutos que acabo de ver al simpático barbudo pelirrojo salir del hotel, lleno de vida? Bajo corriendo y me encuentro a Tellgon acuchillado. ¿Por qué? Por lo mismo que tres pistoleros me esperan a mí en la calle: por haber visto a Sam Culber salir del hotel.

—Luego, ¿usted vio a Culber muerto en su cama?

Chas asintió con un gesto.

—Esos tres pistoleros que logro vencer son parte de los cinco que Bill Shut, previsoramente, tenía contratados para cualquier contingencia. Los otros dos son los que vinieron a desafiarme a la fiesta: tenían que impedir que yo viese actuar a Shut.

El juez Rank hizo un gesto de impaciencia.

—Pero ¿cómo es posible que Culber esté muerto arriba y usted y Tellgon lo vean salir vivo del hotel?

—Asombroso, ¿verdad? Pero tiene una explicación sencillísima: Bill Shut es un formidable actor. Sí, lo es. Es un maldito asesino, pero nadie le puede negar su talento de intérprete. Incluso Rae me dijo una vez que Shut era capaz de interpretar cien papeles distintos. Precisamente cuando recordé esto es cuando comencé a ver claro. Pero sigamos: el Sam Culber que sale del hotel no es otro que Bill Shut, convenientemente caracterizado. Pero parece absurdo que si Shut no quería que se supiese que Sam Culber había salido del hotel, se presentase disfrazado ante mí y Tellgon, ¿no le parece? Respuesta: Shut, disfrazado de Culber, se había propuesto ir al encuentro de usted para decirle que quería hablarle en privado en la habitación del hotel. Usted, naturalmente, aceptaría; pero Shut-Culber le diría que fuese a esperarlo a su habitación, que él iría enseguida. Y usted se cansaría de esperar, porque Sam Culber no vendría. Finalmente saldría usted de la habitación y se marcharía. Tellgon, desde su mostrador, lo vería salir, un poco soliviantado. ¿Qué cree usted que pensaría o diría cuando se descubriese el cadáver de Sam Culber? Porque tenga en cuenta que Shut-Culber habría entrado poco después que usted, para cerrar la trampa. Nadie le querría creer cuando asegurase que no había visto a Culber, ya que Shut, caracterizado como éste, habría sido visto por Tellgon. Lo que Tellgon no habría visto es que Shut, en lugar de entrar en la habitación donde usted esperaba a Culber, corría a la suya a quitarse el maquillaje.

»Ya sólo quedaba, pues, el Sam Culber verdadero, el muerto, con la comprometedor carta en el bolsillo.

—Eso es absurdo. Si yo lo hubiese matado le habría quitado la carta, tal como se discutió con el *sheriff* vio hace muchas horas en mi casa.

Chas encogió los hombros. Fumaba.

—¿Por qué? Podía ser descuido, precipitación... o quizá la misma ignorancia en cuanto a la existencia de la carta, ya que Culber podía haberle dicho lo que ocurría y lo que estaba dispuesto a hacer, pero sin decirle que llevaba la carta encima.

—De acuerdo. Pero si todo estaba tan bien planeado así; ¿por qué apareció el cadáver en mi casa, en mi jardín?

Chas sonrió.

Buena Pregunta.

Cuando Shut-Culber salía del hotel tras haber hablado conmigo y Tellgon, vio venir hacia aquí a usted y a Rae. Eso lo echaría todo a perder, porque si usted lo veía y charlaba un rato con él descubriría que no era su amigo Culber. Por otra parte, Shut-Culber recordó otra desgraciada circunstancia; la única habitación que quedaba libre de las de lujo, que ésas eran mis exigencias, era precisamente la que él había utilizado para colocar el cadáver: la doce. Y allí tendría que ir yo. Y en cuanto viese el cadáver, naturalmente, me apresuraría a ponerlo en conocimiento de Tellgon, del *sheriff*, o de quien fuese.

»Bill Shut debía de tener siempre uno de sus pistoleros frente al hotel, esperando órdenes. Ese hombre habría presenciado mi incidente con Cummins y me reconocería en cuanto me viese. Shut-Culber le ordenó que buscase rápidamente a dos compañeros para matarme. Y que los otros dos que quedaban fuesen a la parte trasera del hotel y esperasen.

Mientras, él entró en el hotel, mató a Tellgon, que sólo tuvo tiempo de coger el revólver al ver el cuchillo y se ocultó en el rellano de la escalera cuando me oyó salir de mi habitación antes de darle tiempo de llegar a la suya y quitarse el maquillaje. Yo, en mi precipitación, debí de pasar de largo, sin notar ni ver nada. Y mientras me tiroteaba con los tres pistoleros, Shut, ya en su habitación, se quitó las barbas y borró de su rostro los rasgos de Sam Culber. Tuvo que hacerlo rápido porque acto seguido entró en mi habitación, cogió el cadáver del verdadero Culber de sobre mi cama y, tras quitarle la carta, lo descolgó por la ventana que hay al fondo de este pasillo, y que da a la parte trasera del hotel. Allí lo recogieron los dos pistoleros que habían quedado libres y, siguiendo sus rápidas instrucciones, aprovechando que la atención de la gente estaba centrada en la calle Mayor, en mi pelea con tres compañeros, llevaron a Culber hasta la parte trasera de la casa de usted, situada en esta misma acera y no demasiado lejos. Entre los dos sí pudieron tirar el cadáver por encima de la tapia. Trabajo hecho. ¿Por qué no podía un criado encontrar a Culber e interpretar su presencia allí como la de un cadáver a punto de ser enterrado secretamente en el jardín? Era absurdo, casi lógico, pero...

Joseph Rank levantó una mano.

—¿Por qué le quitó Shut la carta al cadáver de Culber antes de tirarlo por encima de la tapia de mi jardín?

—Porque si el cadáver lo encontraba usted, y lo registraba, destruiría la carta y entonces todo parecería una venganza o una advertencia de la banda a la que pertenecían los dos hombres que tenían que ser juzgado por usted. En cambio, poniendo la carta después de que Culber ya estuviese en la funeraria...

—Comprendo. Aquellos cinco mil dólares los debió de cobrar Perkins por prestarse a la mentira, ¿no es eso?

—Exacto. Era una buena cantidad. Pero en cuanto Shut vio que la carta ya estaba en poder del *sheriff* decidió que había llegado el momento de suprimir a Perkins. Recuerde que el *sheriff* le trajo a usted la carta mientras Shut estaba actuando en su casa. Enseguida, pretextando que no le prestaban la atención debida a su arte, aparentemente ofendido y un poco indispuerto a la vez, se marchó de su casa. Tuvo tiempo de llegar al hotel, dejar a Rae en su habitación y simular que se dirigía a la suya, para, en realidad, correr a matar a Perkins. Yo llegué recién muerto éste. La pelea ya la sabe, Shut es fuerte.

»Y mientras nosotros nos interesábamos por el paradero del pobre Cummins, Shut mató al comisario Wood y libertó a los dos nombres que, antes de ser muertos por mí, lograron matar a Joyce y a Marsh. Luego, a toda prisa, corrió hasta el hotel pero no entró por la puerta principal, sino que, él sabrá cómo, logró entrar por la ventana de este pasillo, la misma que por la mañana le había servido para descolgar el cadáver de Sam Culber.

»Pero justamente entonces, Rae abrió la puerta a Cummins. Y éste, al mirar hacia la ventana del fondo del pasillo y ver a Shut en tan insólito lugar e inusitada postura y comportamiento, comprendió que algo ocurría. Probablemente, Shut debió de amenazarle con su Colt 38, dispuesto a disparar. Cummins quiso defenderse, con tan mala fortuna que Rae, al verlo en la actitud de desenfundar, disparó...

»Hasta que yo le pedí que me lo contara todo detalladamente, Rae no cayó en la cuenta del extraño comportamiento de Cummins, que al desenfundar su revólver ni siquiera la miraba a ella. Aunque quizá Rae deba la vida precisamente al horror que sintió y a cerrar la puerta, a quien, por tanto a Shut, lo cual hubiese obligado a éste a matarla. En cambio aprovechó la coyuntura para colarse en su habitación y salir poco después, simulando sueño y tanta sorpresa como las demás persona que salieron al oír el disparo.

Rank quedó pensativo. Luego, dijo:

—¿Qué significado tiene el hecho de haber encontrado los cinco mil dólares en el ataúd de Culber?

—¿Quién sabe? Yo me inclino a creer que Perkins escondió el dinero allí, temiendo quizás un registro por parte del *sheriff*, con una orden de usted, si sospechaban algo. Pero el hecho de que Perkins estuviese junto al ataúd, vestido

únicamente con pantalones y botas, puede querer indicar que Shut, antes de matarlo, tras sorprenderlo en la cama, le hizo ir hasta el dinero. Y si no es ninguna de estas cosas ignoro lo que puede ser.

—Y yo sigo ignorando el motivo por el que Bill Shut ha intentado arruinar mi vida, la de mi hija... El porqué de todo esto. ¿No hubiese sido mucho más sencillo para él enviar los cinco pistoleros contra mí y hacerme asesinar?

—Claro que hubiese sido más sencillo. Pero su nombre no hubiese tenido mancha alguna. En fin, pronto sabremos algo.

—¿Cuándo?

Chas sonrió.

—Pronto —repitió—, cuando sea el momento. Por ahora sólo queda esperar a que Shut caiga en la trampa.

—¿Qué trampa?

—La que significa que Cummins, vivo, esté aquí, tan cerca de él. Shut sabe que tarde o temprano, en cualquier momento, Cummins puede hablar. «Tiene» que matarlo. Y aprovechará la ocasión en que el herido sólo está acompañado por su hija, para intentar matarlo.

El juez se levantó, nervioso.

—Pero... si sospecha que usted y yo estamos aquí, no vendrá.

Chas sonrió burlonamente.

—¿Usted cree? No se preocupe. Shut vendrá. Y no sólo intentará matar a John Cummins, sino que ahora, sabiendo que todos sus planes han fracasado, no le importará matarlo a usted directamente. Y posiblemente también quiera matar a Jenny, a mí... Bill Shut es todo un asesino.

Joseph Rank se dirigió hacia la puerta.

—Creo que es conveniente que vaya a avisar al *sheriff*.

—No se moleste. Yo solo puedo hacer frente a ese asesino.

—Bien, pero de todas formas...

—Le he dicho que no salga de esta habitación, juez.

El tono de voz de los dos hombres se había elevado, Jenny los miró con disgusto. Un rayo de sol, palidísimo, resbaló por el cielo. John Cummins seguía inmóvil...

El juez Rank, calmadamente, sin que pareciese demasiado molesto por el tono autoritario de Chas Chandler, desanduvo los pasos que le habían acercado a la puerta.

Se arregló la chalina.

De pronto, su mano desapareció en el interior de su chaqueta, hacia el sobaco izquierdo.

Apareció armada con un Colt del 38 y en el silencio de la habitación se oyó con toda nitidez el «cric» del cilindro que giraba al ser levantado el percutor.

El arma lanzó un apagado destello.

Jenny se levantó, gritando:

—¡Papá!

Pero su voz fue ahogada por el estruendoso disparo que había brotado de la cadera derecha de Chas Chandler.

Joseph Rank recibió el plomo en el pecho. Cayó de rodillas. Su rostro se crispó convulsivamente. Todavía empuñaba el Colt. Quería disparar. Chas Chandler se le anticipó levemente, y un segundo proyectil del 45 se clavó en el pecho del juez.

El arma, ahora, sí se escapó de su mano. Rebotó sordamente en el suelo, disparándose a ras de éste. Luego, Joseph Rank cayó hacia delante.

Jenny Rank gritó agudamente.

—¡Papá...!

Corrió hacia el juez y cayó de rodillas a su lado. Lo llamaba con sollozos histéricos:

—¡Papá, papá...! —Miró a Chandler—. ¡Asesino!

Chas se encogió de hombros. Sopló el cañón de su revólver y lo recargó. Luego, tranquilamente, lo enfundó.

La puerta de la habitación se abrió.

—¿Me has llamado, hija?

La muchacha alzó vivamente la cabeza. Sus ojos, llenos de lágrimas, se abrieron al máximo.

—¡Papá! Pero...

Jenny miró a Chas, al padre que creía muerto a sus pies y, luego, otra vez al padre que había aparecido en la puerta.

Pero...

El Joseph Rank vivo avanzó hacia Jenny. La cogió de un brazo y la ayudó a levantarse. La muchacha, sin dejar de llorar, se le abrazó.

Rank, sonriendo, miró a Chas, que había avivado la moribunda llama del quinqué.

—Todo bien, ¿eh, muchacho?

—Todo bien. Cayó en la trampa. El muy imbécil creyó que lograría engañarme. Sin embargo, señor juez, debemos reconocer que Bill Shut es uno de los hombres de más sangre fría que podríamos buscar. Y un gran actor. Debo admitir que si yo no hubiese estado prevenido quizás hubiese logrado engañarme.

Sin molestarse en destruir los rellenos del cuerpo, Chas, con un pañuelo humedecido en la jarra de agua que cogió de la mesita, se dedicó a pasarlo vigorosamente por las facciones del Joseph Rank muerto. Los rasgos del juez fueron desapareciendo, dando paso a los más juveniles de William Shut.

—Buen trabajo, Chandler.

—Gracias.

En pocas palabras, mientras Chas recogía en sus brazos a Rae, Rank contó a su hija la verdad de lo ocurrido. Ésta miró con el ceño fruncido hacia donde Chas Chandler y Rae continuaban besándose.

—¿Y tenían que hacerlo de esta manera? Nunca olvidaré el miedo y...

Tuvo que repetir las palabras antes de que Chas le prestase atención.

—¿Por qué no? —sonrió éste—. Ha sido divertido. He visto la mejor representación teatral de mi vida. Además, no podíamos conseguir otras pruebas más que ésta: hacerle caer en la trampa. Y vino aquí dispuesto a matarla a usted y a su querido John.

—¿Los dos le debemos la vidas?

Chas sonrió.

—Pero no se lo tome a pecho, pequeña. También me la debe Rae, más o menos directamente, ya que Shut, se había propuesto matarla al comprender que me amaba a mí y que, por tanto, la había perdido definitivamente. Por eso sufrió Rae el ataque por la ventana, a la que Shut llegó tras descolgarse por la suya, bajar al patio y colocar el tronco que, posiblemente, era el medio de que se había servido la primera vez, para entrar por la ventana del pasillo. Para atacar contra Rae, Shut aprovechó el momento en que sonaban disparos, en la calle.

Una vez hubo disparado contra Rae, sin asegurarse de si había hecho blanco o no, bajó por el tronco y regresó a su habitación, de cuya ventana supongo colgaría una cuerda o cualquiera cosa parecida, y luego, como la vez anterior, apareció en pública dispuesto a consolar a Rae. Esto da a entender, naturalmente, que la pasión de Shut, que intentaba encubrir con delicadas atenciones, no era más que una pasión egoísta... —Chas sonrió aún más anchamente—. Y, por último, me debo la vida a mí mismo, ya que Shut, como es lógico, no hubiese descansado hasta matarme sirviéndose de cualquier medio. Todo ello, pequeña, ocasiona una larga serie de deudas que es mejor dar por no existentes, ¿no le parece? Por cierto, señor juez: ¿descubrió los motivos que impulsaron, a Shut a cometer estos crímenes?

—Pues sí. Hace unos cuatro años condené a muerte a un hombre llamado Herbert Shut acusado de estupro y asesinato de la víctima. Debemos suponer que sería hermano de Bill Shut, o padre, o...

—Tanto da. La malvada paciencia de Bill Shut no le ha servido de nada.

—Gracias a usted. Anoche, Chandler, no me dejó decirle que había solucionado un asunto suyo.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Lo de Oklahoma. Samuel Hurst se marchará de Wichita en cuanto se reponga de la herida que usted le causó. Uno de los hombres que le acompañaba se quedará para siempre en nuestro cementerio. Los otros dos, sanarán. Quedamos en que él olvidará que usted está en el mundo de los vivos y que yo olvidaré que violó las leyes fronterizas.

—Eso es de muy agradecer, señor juez... ¿Adónde vas, preciosa?

Rae sonrió.

—A vestirme. Ya amanece, y no puedo estar todo el día en bata...

Le besó y corrió a su habitación.

Rank asintió:

—¿Le gusta el ganado, Chandler? Tengo a algunos kilómetros de Wichita un

pequeño ranchito abandonado que... Bueno, un hombre con ganas de trabajar podría convertirlo en un pequeño imperio. Y ya que mi hijo prefiere la vida de vagabundo, es para usted. Me lo irá pagando poco a poco.

—Eso está mejor. No me gustan los regalos. Pero... ¿y su hija? ¿Se va a quedar sin ranchito?

Rank sonrió.

—No se preocupe por eso. Algo dejo para ella.

—Debí comprenderlo. Diga, señor juez, ¿usted sabe casar a la gente?

—¡Hombre...!

—Bueno, no corre demasiada prisa. ¿Cree que habría manera de que Rae y yo pudiésemos casarnos hoy mismo?

—Procure arreglarlo —rió Rank—: ¡En! ¿Adónde va?

EPÍLOGO

Chas llamó a la puerta y cuando Rae preguntó quién era, dijo:

—Un hombre.

La puerta se abrió a medias. Chandler la empujó y entró.

—¡Oh, Chas, no puedes entrar todavía...!

El pistolero levantó las manos.

—No dispaes, preciosa —rió—. Saldré enseguida.

Ella entreabrió los labios.

—Ahora ya estás dentro... —susurró.

¿Una hora?

¿Un siglo?

¿La eternidad?

Chas dejó de besarla.

—¿Me quieres, preciosa?

—Sí, mi vida.

—¿Quieres qué nos casemos hoy?

—Sí, mi vida.

—¿Te gustan los críos?

—Sí, mi vida.

—Necesitaremos por lo menos tres o cuatro para que me ayuden a llevar el ranchito que voy a comprar.

—Sí, mi vida.

Rae tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Sus rojos labios apenas se movían al ir desgranando los sucesivos «sí, mi vida».

Chas frunció el ceño.

—Estoy pensando... Si en lugar de ser Cummins el que aparece ante tu puerta con intenciones de empuñar un revólver, hubiese sido yo... ¿qué habrías hecho?

—No.

—¿Por qué? Rae soltó una alegre carcajada.

—Porque tú hubieses dicho, como hace poco, como la primera vez que te vi: «No dispaes, preciosa».

FIN